
La observación participante

PID_00263491

Lucía Sanjuán Núñez

Tiempo mínimo de dedicación recomendado: 5 horas



Lucía Sanjuán Núñez

Primera edición: febrero 2019
© Lucía Sanjuán Núñez
Todos los derechos reservados
© de esta edición, FUOC, 2019
Av. Tibidabo, 39-43, 08035 Barcelona
Diseño: Manel Andreu
Realización editorial: Oberta UOC Publishing, SL

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del copyright.

Índice

Introducción.....	5
Objetivos.....	6
1. Introducción a la observación como técnica de investigación.....	7
2. La observación participante.....	13
2.1. Un pequeño apunte histórico	13
2.2. Definición de observación participante	16
2.3. Grados y niveles de observación participante	17
2.4. Aplicabilidad y usos de la observación participante	18
2.5. Limitaciones y dificultades de aplicación de la observación participante	20
2.6. Implementación de la observación participante	24
2.6.1. La selección de los escenarios	25
2.6.2. La entrada en el campo	28
2.6.3. Desarrollo de la observación participante: interacción social	30
2.6.4. Elección de las temáticas: qué y cómo observar	40
2.6.5. Selección de informantes	45
2.6.6. Salida del campo	47
2.6.7. Registro de la información	48
Bibliografía.....	61

Introducción

Dedicaremos este módulo a presentar la observación como técnica cualitativa de investigación.

Comenzaremos el módulo con una breve introducción dedicada a clarificar los conceptos básicos relacionados con las distintas modalidades de observación cualitativa, para centrarnos después, exclusivamente, en la observación participante.

Respecto a esta, veremos su definición y tipología, la aplicabilidad y usos potenciales en investigación cualitativa, las limitaciones o prudencias que es necesario tener en el momento de su aplicación y las características generales de su implementación en el contexto de un diseño cualitativo de investigación; en este sentido, nos detendremos especialmente en las estrategias o habilidades que deben afrontar los investigadores que la empleen y los pasos que deben seguir para registrar la información que obtengan.

Al final de este módulo encontraréis un apartado con la bibliografía referenciada y especializada en el tema.

Es necesario aclarar que la orientación del texto es eminentemente práctica, con el objetivo de proporcionar las claves fundamentales para el desarrollo de la técnica en condiciones reales de investigación. Para una orientación más teórica que profundice en la evolución histórica o el desarrollo de diferentes paradigmas o perspectivas en diversos autores, os proporcionamos en el texto sugerencias sobre bibliografía más especializada.

Objetivos

La lectura de este módulo os permitirá:

- 1.** Conocer el papel de la observación participante como técnica de investigación en el marco de diseños cualitativos.
- 2.** Identificar las potencialidades, ventajas y limitaciones de la observación participante.
- 3.** Conocer los aspectos básicos de la implementación de la observación participante y el registro de datos procedentes de su uso.
- 4.** Disponer de algunos ejemplos prácticos sobre la utilización de la observación participante en investigaciones cualitativas.
- 5.** Disponer de bibliografía especializada sobre la técnica.

1. Introducción a la observación como técnica de investigación

Aunque el nombre puede llevar a confusión, la observación como técnica de investigación no consiste en un simple acto de mirar pasivamente una determinada situación o escenario social. A diferencia de lo que hacemos en nuestra vida cotidiana, la técnica de la observación implica una mirada científica y una implementación sistemática y rigurosa. Nos lo explican Verd y Lozares (2016, p. 241) en los siguientes términos:

«Solamente mediante la "formación intensiva y una preparación rigurosa" (Patton, 2002, pp. 260-262) es posible pasar del nivel de mirar al de la observación científica. Por otro lado, es cierto que a veces hace falta haber vivido ciertos acontecimientos para poder entenderlos. En este sentido, el método de la observación no consiste solamente en mirar científicamente; también se trata de pisar el terreno y compartir las vivencias de las personas que están siendo observadas. Es por ello que observación y etnografía han ido históricamente tan íntimamente ligadas, vinculación que continúa hasta nuestros días».

En ciencias sociales, habitualmente no nos referimos, por tanto, a una observación en el ambiente aislado y aséptico de un laboratorio, al estilo de lo que solemos imaginar para las ciencias naturales, sino en el contexto natural o, más bien, en el contexto sociocultural en el que tiene lugar la vida de los seres humanos (Guasch, 2002).

Más aún, durante la observación, el científico social desarrolla una técnica de investigación que implica conocer un determinado ambiente sociocultural, centrándose no solo en la mera descripción de los entornos o escenarios y de las conductas claramente observables de los sujetos, no solo de fragmentos de la realidad o acontecimientos concretos y aislados, sino que el observador realiza un esfuerzo por desarrollar una mirada consciente, orientada y entrenada que trata de aprehender la realidad en su contexto completo (Guasch, 2002).

No obstante, esta mirada puede tener orientaciones y grados de inmersión en el contexto variables, por lo que, antes de seguir adelante, debemos hacer un esfuerzo por clarificar algunos conceptos. Así, podríamos ofrecer una tipología de observación en función de diferentes criterios (Guasch, 2002; Verd y Lozares, 2016):

1) En función del entorno de observación

Debemos comenzar aclarando que en la metodología cualitativa de corte etnográfico y antropológico tan solo se concibe la observación en el contexto natural en el que se da la vida sociocultural del grupo estudiado. No obstante, desde otras disciplinas sí se entiende que puedan darse otros tipos de observación:

a) Observación natural. Sería aquella en la que los hechos sociales y las conductas de las personas se observan en la situación natural en la que se desarrollan de manera habitual y cotidiana, es decir, es el investigador el que *entra*, por decirlo así, en ese medio social y trata de observarlo alterando su curso lo menos posible.

b) Observación artificial. En este caso, la observación no se da en los contextos socioculturales naturales, sino en ambientes creados artificialmente a petición del investigador. Aunque este proceder permite al científico social tener un mayor grado de control de las variables implicadas en los fenómenos que observa, parece evidente que se pierde en buena parte el contexto que les da sentido y en el que adquieren su significación completa.

2) En función del nivel de contacto con los hechos

También en este caso debemos aclarar que en el abordaje cualitativo más completo solo se concibe la observación cuando esta tiene lugar en el contexto en el que ocurren los fenómenos que se investigan y en contacto directo con los sujetos que desarrollan la vida social. En ciertas orientaciones, sin embargo, sí se admite que este contacto sea menor, de manera que se diferencia entre:

a) Observación directa. Se trataría del tipo de observación que hemos venido describiendo hasta el momento, en la que el observador está inmerso en el medio sociocultural que investiga y establece un contacto directo con los actores sociales para observar su conducta y llegar a entenderla, precisamente, en el contexto en el que esta conducta se adscribe y adquiere sentido. Como veremos después, el grado de inmersión y participación puede ser variable.

b) Observación indirecta. Implica una observación de las conductas de las personas sin que exista un contacto directo con estas. Para desarrollarla, el investigador puede observar los productos de la acción humana (textos, objetos...) o, también, puede observar la conducta a través de grabaciones en vídeo o en entornos virtuales. En todos los casos, no se considera necesaria la presencia del observador en el campo ni la interacción directa con los sujetos. Aunque, como en el caso de la observación en entornos artificiales, esta modalidad permite reducir la influencia del investigador en los sujetos, obviamente, se trata de un tipo de observación que presenta limitaciones en lo que se refiere al tipo y la confiabilidad de la información obtenida; así pues, deberá complementarse con el uso de otras técnicas como la entrevista.

3) En función del grado de apertura de la observación

Según este criterio, distinguiremos entre:

a) Observación abierta o estrategia abierta de observación. En la observación abierta, el investigador da a conocer su rol desde el primer momento. Es decir, comunica a los responsables o representantes del grupo, o a las personas

que le dan entrada, que pretende acceder en calidad de investigador, que desarrollará la observación en determinados escenarios, cuáles son sus objetivos, etc. Se trata de la forma de observación que plantea menos problemas éticos, puesto que el investigador cumple con el compromiso de identificarse, de declarar sus intenciones y de responsabilizarse de la investigación, de la toma de datos y de su uso posterior. Los investigadores sociales debemos tener siempre presente que la información no nos pertenece, sino que es de los sujetos: es de su vida de la que hablamos; los investigadores nos limitamos a recoger la información, a procesarla y a construir ciertas hipótesis, pero los *propietarios* de esta información son los sujetos.

b) Observación oculta, encubierta o enmascarada. Como su propio nombre indica, se trata de una modalidad de observación en la que el observador permanece oculto a la vista de los actores sociales, es decir, estos no son conocedores de la existencia del observador y de su tarea, bien porque no hay una interacción directa, bien porque el observador no se identifica como tal. Su uso es, cuando menos, controvertido. Quienes la defienden alegan que ocultar la identidad del investigador y sus intenciones puede ser la única manera de acceder a determinados escenarios o a determinada información, o hacerlo de manera que esta información sea más *real*, menos desvirtuada por la presencia del observador. Sin duda, es un argumento importante, pero la mayoría de los autores, entre los que sin ninguna fisura nos situamos, encuentra que este proceder es poco ético y no debe emplearse.

El acceso a la vida de las personas, el que nos proporcionen información sobre ella, debe ser siempre una acción consciente y voluntaria. No es ético pretender acceder a estos datos sin su consentimiento. Y no lo es incluso cuando nuestras intenciones como investigadores son honestas: aprender, comunicar lo aprendido y utilizar el conocimiento para mejorar las vidas de las personas. Los sujetos tienen derecho a que se les dé la opción de aceptar la investigación y, también, de negarse, de no acceder a ser investigados si, por el motivo que sea, no quieren.

No puede olvidarse tampoco que, aunque no sea directo ni necesariamente monetario, el investigador muy habitualmente saca un beneficio de su trabajo: prestigio profesional, ascenso en el ámbito académico, réditos económicos de las publicaciones, conferencias, cursos, etc. Por magro que sea el beneficio, existe, de manera que no podemos considerar correcto que se utilice a otros para conseguirlo, sin su consentimiento.

Además, en estas circunstancias, a menudo el investigador debe hacerse pasar por alguien que no es, casi siempre por un miembro *verdadero* del grupo, adoptando las pautas de relación, sociales y culturales y los roles específicos que estén previstos dentro de ese grupo social, lo que es enormemente difícil en algunos contextos, especialmente los más marginales o delictivos. Y no solo es difícil, sino arriesgado, desde un punto de vista personal (si su rol real se descubre su situación puede ser, como mínimo, incómoda, cuando no peligrosa) y profesional (mantener la investigación después de ser descubierto puede ser imposible, igual que resulta difícil la publicación posterior de los datos).

Por otra parte, tanto en el caso de ser descubierto como después, si los resultados se hacen públicos y los sujetos llegan a conocerlos, es posible que esto tenga consecuencias legales para el investigador, en la medida en que la protección de datos de carácter personal es cada día más intensa. Y aunque las consecuencias no sean legales ni personales, sí pueden serlo muy habitualmente para la disciplina en sí misma y para otros profesionales: difícilmente, esas personas u otras que hayan conocido la situación colaborarán en investigaciones posteriores, lo que daña la construcción de conocimiento y, peor aún, las posibilidades de que investigaciones aplicadas mejoren la vida de las personas.

No obstante, algunos autores parecen justificar su uso en algunos casos:

«El otro modo de acceder a un escenario es hacerlo de manera *encubierta*. Es una estrategia especialmente recomendada cuando la realidad social que se estudia se oculta a los ojos del público general de forma deliberada. En estos casos quien investiga asume su rol sin informar a los observados del proceso de investigación, y es una práctica que plantea serios problemas éticos a algunos científicos sociales, aunque otros argumentan que al informar a los observados, muchos aspectos de la conducta humana quedan oscurecidos como consecuencia de la gestión de la información que realizan las personas» (Guasch, 2002, p. 41, las cursivas son suyas).

No debe confundirse esto, sin embargo, con el hecho, obvio, de que el tipo de información sobre el papel del investigador que se da a los sujetos pueda tener una amplitud y precisión diferente en función de las circunstancias: no se informa de la misma manera al responsable de una institución que tiene que garantizarnos el acceso o a los sujetos con los que se comparte la vida cotidiana de manera habitual en esa institución durante la observación, que a aquellos con los que el contacto es escaso. En este caso, varía el detalle, la profundidad de la explicación, los argumentos o el lenguaje, pero no hay una voluntad deliberada de ocultar la investigación.

4) En función de la orientación de la observación

De acuerdo con la orientación de la mirada del observador o, más bien, con su intención al observar, se pueden distinguir diversas modalidades de observación:

Lectura complementaria

Para más detalles sobre el dilema de usar la observación enmascarada y sus consecuencias personales y sobre la investigación, recomendamos la lectura del libro de J. Prat en el que explica su experiencia de investigación sobre sectas religiosas:

J. Prat (1997). *El estigma del extraño: un ensayo antropológico sobre sectas religiosas*. Barcelona: Ariel.

a) Observación descriptiva. Se trata de un tipo de observación abarcadora, de foco amplio. Sería, por ejemplo, la que el investigador podría desarrollar en los primeros momentos de entrada al campo, cuando trata de familiarizarse con el entorno y con los sujetos: aunque tiene clara la temática de la investigación y los aspectos de la vida social del grupo que son de su interés, en esos momentos, el objetivo está en hacerse una idea general del entorno que le permita empezar a moverse en él.

b) Observación focalizada. Se trata ya de una observación más orientada a las temáticas de interés del investigador. Ahora bien, que la atención esté focalizada en algunos aspectos centrales para el trabajo no debe, ni mucho menos, hacer que el investigador pierda de vista el contexto en el que cada fenómeno tiene lugar, sus ramificaciones y relaciones con otros procesos sociales y sus implicaciones en la vida, en el sentido más amplio, de la gente.

c) Observación selectiva. Se trataría de una observación muy dirigida a aspectos concretos de los fenómenos de interés. Podría decirse que implica profundizar más en los factores o variables implicados de aquello que se está investigando.

5) En función del grado de participación

Aunque en distintas disciplinas de las ciencias sociales se puedan encontrar clasificaciones más detalladas o estratificadas, aquí simplificaremos estableciendo dos tipos de observación:

a) Observación participante. Como veremos en el siguiente apartado, esta modalidad implica la observación acompañada de la participación directa del observador en la vida cotidiana de los sujetos, en diversos grados. El objetivo principal es recabar información a partir de una interacción con los sujetos, lo menos intrusiva posible pero directa y sistemática, en el medio natural en el que tiene lugar su vida y, por tanto, los fenómenos que interesan.

b) Observación no participante. Se trata de la observación de la actividad del grupo sin participación directa en las actividades cotidianas. El objetivo de esta modalidad de observación es no interferir en la vida del grupo para evitar que los sujetos modifiquen su comportamiento (fenómeno que, en el contexto de la investigación cualitativa, se conoce como *reactividad*). No obstante, y con la información de que disponéis ya en este momento, podéis estar en condiciones de reflexionar sobre el hecho de que, en la práctica, la mera presencia del investigador, cuando es conocida por los sujetos, interfiere en su vida e influencia su comportamiento, de tal manera que ese objetivo difícilmente se cumpliría y, por el contrario, se pierde la oportunidad de interaccionar con el grupo, algo que mejora la capacidad de comprensión del observador.

A lo largo de las siguientes páginas nos referiremos a la observación participante, puesto que defendemos que se trata de la modalidad más ampliamente extendida en ciencias sociales y la que permite un mejor aprovechamiento de las potencialidades de la técnica.

2. La observación participante

2.1. Un pequeño apunte histórico

Aunque es frecuente en parte de la bibliografía encontrar afirmaciones que sitúan el surgimiento de la observación participante en el seno de la antropología, en realidad, la observación y posterior descripción y análisis de lo observado fue utilizada mucho antes desde diferentes disciplinas y actores, como, por ejemplo, misioneros, comerciantes, funcionarios, militares o, incluso, desde la medicina (en su vertiente relacionada con la salud pública). Contactar con pueblos e individuos diferentes, intentar conocer sus formas de vida, registrarlas y transmitirlos a otros es algo inherente a la historia de la humanidad. Ahora bien, como veremos, existe una enorme diferencia entre, por un lado, una crónica de viaje o de conquista, o el relato de un misionero, y por el otro, la observación participante como técnica de investigación. El interés en los primeros casos es puramente narrativo o político, económico o religioso; en el segundo, la motivación es intelectual y académica.

Como técnica de investigación, fueron las aportaciones de una corriente en antropología, el particularismo histórico de Boas y sus críticas al modelo evolucionista (Boas, 1964), y, más concretamente, la definición teórica de un antropólogo, Bronislaw Malinowski, a principios del siglo XX, las que iniciaron el camino de la observación participante para convertirse en una técnica formal y en la piedra angular de la antropología social y cultural (Guasch, 2002). Guasch explica, con sentido del humor, el peso de esta figura en la evolución de la técnica y de la etnografía en su conjunto:

«Después de MALINOWSKI, la observación participante y el trabajo de campo se convierten en mecanismo de cierre profesional. Las antropologías de los países hegemónicos en la producción del conocimiento antropológico (la francesa y las anglosajonas) deciden, tomando a MALINOWSKI por bandera, la ortodoxia de la disciplina: el modo correcto de producir etnografía. Después de MALINOWSKI, la observación participante se convierte en un rito de paso profesional que deviene el único modo legítimo de producir etnografía. Un rito de paso que incluye hacer muchos kilómetros, estar sucio, comer cosas rarísimas, no hablar con los misioneros, e intentar que los nativos te hagan caso. En términos antropológicos: la observación participante es una ordalía, y por ello incluye sufrimiento. Solo que esta prueba da el visto bueno para publicar, para ser profesor, para ser científico, para ser un profesional de la disciplina. La definición que hace MALINOWSKI de la observación participante sirve para decidir qué es etnografía y qué no lo es, y sirve también para definir quiénes son los antropólogos» (Guasch, 2002, p. 13, las mayúsculas son suyas).

La evolución histórica de la observación participante va, entonces, indisolublemente ligada a la propia historia de la antropología y a la figura de Malinowski. Este autor publica, en el año 1922, la que se considera la obra fundacional de la observación participante como técnica de investigación, *Los argonautas del Pacífico Occidental* (Malinowski, 2001 [1922]). Aunque sin mencio-

Lectura complementaria

Si queréis completar la información sobre la historia de la observación participante, podéis consultar, entre otros:

O. Guasch (2002). *Observación participante*. Madrid: CIS (Colección Cuadernos Metodológicos, 20).

narla explícitamente, Malinowski establece en la introducción de *Los argonautas* las bases de la observación participante, definiendo los dos aspectos capitales de la técnica:

- Inmersión completa y directa en la realidad social del grupo que se pretende estudiar.
- Participación activa en la vida cotidiana de este grupo.

Malinowski explica que para desarrollar la observación participante:

«[...] lo fundamental es apartarse de la compañía de los otros blancos y permanecer con los indígenas en un contacto tan estrecho como se pueda» (Malinowski, 2001, p. 24).

Según Malinowski, dejar los despachos de la academia, las casas de los misioneros o los agentes coloniales –o la propia casa del investigador, en nuestros días–, para trasladarse al lugar elegido (el *campo*), participando de manera progresiva y lo más natural posible en la vida cotidiana de este pueblo o de ese grupo humano, son las condiciones indispensables para llegar a comprender la totalidad de la vida social y cultural de la comunidad. Lo explica así:

«Esta es toda la diferencia que hay entre zambullirse esporádicamente en el medio de los indígenas y estar en auténtico contacto con ellos. ¿Qué significa esto último? Para el etnógrafo significa que su vida en el poblado –en principio una aventura extraña, a veces enojosa, a veces cargada de interés– toma pronto un curso natural mucho más en armonía con la vida que le rodea.

Poco después de haberme instalado en Omarakana (islas Trobriand), empecé a tomar parte, de alguna manera, en la vida del poblado, a esperar con impaciencia los acontecimientos importantes o las festividades, a tomarme interés personal por los chismes y por el desenvolvimiento de los pequeños incidentes pueblerinos: cada mañana, al despertar, el día se me presentaba más o menos como para un indígena. Cuando salía de la mosquitera, encontraba a mi alrededor la vida del pueblo que se ponía en marcha, o bien a la gente ya muy avanzada en sus trabajos diarios, según la hora y según fuese la estación en que comenzaban las labores tarde o aquella en la que comenzaban temprano, con arreglo a la prisa que corría el trabajo. En mis paseos matinales por el poblado podía ver los detalles íntimos de la vida familiar, del aseo, de la cocina y de las comidas; podía ver los preparativos para el trabajo del día, a la gente emprendiendo sus diligencias, o a grupos de hombres y mujeres ocupados en tareas artesanales. Las peleas, las bromas, las escenas familiares, los sucesos en general triviales y a veces dramáticos, pero siempre significativos, formaban parte de la atmósfera de mi vida diaria tanto como de la suya» (Malinowski, 2001, pp. 47-48).

Se trata, por tanto, la del observador participante, de una mirada holista, que pretende abarcar la totalidad de los fenómenos sociales, que engloban las relaciones sociales, las celebraciones, el sistema económico y político, las pautas de curación o alimentación, la religión..., en definitiva, el conjunto de la vida social y lo que Malinowski (2001 [1922]) denomina *los imponderables de la vida real*, que incluyen no solo los acontecimientos habituales y previsibles, sino también los fenómenos raros, excepcionales o inesperados (enfermedades, muertes, conflictos, festividades...). Lo dice así:

Malinowski y su época

A lo largo de las siguientes páginas, veréis reproducidas algunas citas de B. Malinowski en las que el tipo de expresiones empleadas para referirse a las personas con las que trabajaba, los habitantes de las islas Trobriand, resultan chocantes o directamente ofensivas bajo una óptica actual. Es necesario que tengáis en cuenta el contexto colonial de la época en la que el autor publica su texto.

«En otras palabras, hay toda una serie de fenómenos de gran importancia que no pueden recogerse mediante interrogatorios ni con el análisis de documentos, sino que tienen que ser observados en su plena realidad. Llamémosles *los imponderables de la vida real*. Aquí se engloban cosas como la rutina del trabajo diario de los individuos, los detalles del cuidado corporal, la forma de tomar los alimentos y de prepararlos, el tono de la conversación y la vida social que se desarrolla alrededor de los fuegos de aldea, la existencia de fuertes amistades o enemistades y de corrientes de simpatía y antipatía entre la gente, la manera sutil pero inconfundible en que las vanidades y ambiciones personales se reflejan en el comportamiento del individuo y las reacciones emocionales de los que le rodean» (Malinowski, 2001, pp. 66-67, las cursivas son suyas).

Como parece lógico, conseguir este grado de inmersión y, sobre todo, la confianza suficiente de los sujetos para que permitan al investigador convivir con ellos y participar de su vida y sus actividades, requiere de estancias prolongadas en el campo, que Malinowski cifraba alrededor de los dos o tres años. Durante este tiempo, el investigador irá familiarizándose con la vida cotidiana del grupo y los sujetos que lo componen, al tiempo que tratará de reducir el impacto de su simple presencia para que estos se familiaricen, también, con él. En palabras de Malinowski (2001 [1922]):

«Debe tenerse en cuenta que los indígenas, al verme constantemente todos los días, dejaron de interesarse, alarmarse o autocontrolarse por mi presencia, a la vez que yo dejé de ser un elemento disturbador de la vida tribal que me proponía estudiar, la cual se había alterado con mi primera aproximación, como siempre ocurre en las comunidades primitivas cuando llega alguien nuevo. De hecho, como sabían que estaba dispuesto a meter las narices en todo, incluso allí donde un indígena bien educado no osaría hacerlo, acabaron por considerarme parte integrante de la vida, una molestia o mal necesario con el atenuante de las reparticiones de tabaco» (Malinowski, 2001, p. 48).

Sin embargo, como señala Guasch (2002), la publicación de los diarios personales de Malinowski, más de cuarenta años después de que viera la luz *Los argonautas*, vino a cuestionar el compromiso del autor con sus propias propuestas. No obstante, más allá de la desilusión respecto a su figura, no puede negarse el peso que tuvo en la configuración de la antropología como disciplina científica y en la definición de la observación participante como técnica de investigación para esta y otras ciencias sociales y humanas.

La observación participante en el marco de la antropología social y cultural y de las ciencias sociales en general cambia, según Guasch (2002), a partir de dos procesos: la descolonización, primero, y la globalización, después:

«La aparición en 1967 de los diarios privados del autor de *Los argonautas* destruye el mito del antropólogo relativista que valora y aprecia a los nativos. La publicación de los diarios de MALINOWSKI tan solo es una anécdota. Lo que realmente cambia la práctica antropológica de los países centrales en la producción del conocimiento antropológico son los *procesos de descolonización*. La descolonización pone de relieve los procesos de subalternidad inscritos en las relaciones centro-periferia y muestra también las relaciones de poder presentes en la práctica etnográfica. Los procesos de descolonización primero, y la aldea global después, provocan una crisis en la práctica antropológica de los países centrales. Ya no es posible *ir allí*, porque todos *estamos aquí*» (Guasch, 2002, p. 14, las cursivas y las mayúsculas son suyas).

Si en la época de Malinowski el objeto de estudio de la antropología eran las sociedades no occidentales, de pequeño tamaño, bien definidas y relativamente aisladas, esta circunstancia cambió a partir de los procesos de descolonización, cambiando también las posibilidades y circunstancias de la observación participante. En la actualidad, aunque obviamente existen antropólogos y otros

investigadores sociales que continúan trabajando con poblaciones indígenas o aisladas, la inmensa mayoría realiza su trabajo en sociedades occidentales o, en distintos grados, occidentalizadas. Esto ha llevado a los antropólogos (y sociólogos, psicólogos sociales...) a centrar su interés en comunidades concretas dentro de sociedades más amplias, como, por ejemplo, grupos profesionales o instituciones (en ámbito sanitario, educativo, en empresas o fábricas...), grupos excluidos o potencialmente vulnerables dentro de una sociedad (inmigrantes, marginados, pobres, enfermos, presos...), comunidades más o menos cerradas o aisladas (en entorno rural, grupos religiosos...), aspectos específicos de grupos sociales concretos (niños, mujeres, jóvenes, ancianos, trabajadores de un determinado sector...) y, también, a interesarse por los procesos de cambio social y cultural de las distintas sociedades humanas (globalización, industrialización, migraciones...).

En el marco de la sociología, la observación participante vivió su época dorada en los estudios urbanos desarrollados por la Escuela de Chicago, a principios del siglo XX. Su uso decayó desde mediados de los años cuarenta hasta bien entrados los sesenta, en que se recuperó como técnica cualitativa.

2.2. Definición de observación participante

Como decíamos antes, la observación participante es una técnica cualitativa de investigación que implica la recolección sistemática de datos que permitan comprender los fenómenos socioculturales a partir de la observación en el contexto natural en el que estos tienen lugar y mediante la participación del investigador en la vida cotidiana de los sujetos, con los que mantiene una relación directa y cercana. La definición de observación participante incluye, entonces, una serie de premisas (Guasch, 2002; Taylor y Bogdan, 1987; Pujaadas, 2004) que describimos, de manera desglosada, a continuación:

a) Inmersión en el grupo social objeto de la investigación

Aunque en el momento actual ya no se pretende que el investigador se convierta poco menos que en un *nativo* (algo improbable), sí se trata de que adquiera su conocimiento de los hechos que investiga en una situación de inmersión en el contexto concreto y completo en el que transcurre la vida cotidiana del grupo estudiado, en el que ocurren los fenómenos que pretende investigar y en el que, por tanto, adquieren su significación. El objetivo principal de esta inmersión es, de manera paulatina, disminuir al máximo posible la distancia social que existe entre el observador y los sujetos para acceder directamente a su forma de vida y a sus perspectivas (Guasch, 2002). Esta aproximación directa, este *ser visto como uno más del grupo*, puede ser más o menos sencillo en función de muy diversas variables, como veremos más adelante.

b) Participación en las actividades cotidianas del grupo, especialmente pero no solo, en las relacionadas con la temática de la investigación

El observador participante tratará de observar la realidad que le rodea acompañando a los sujetos en su día a día y participando, en distinta medida, en actividades significativas para la investigación, compartiendo los acontecimientos (habituales o no, relevantes o no para la investigación) y tratando en todo momento de hacerse una composición de lugar de aquello que observa, desde su propio punto de vista como *extraño* pero, sobre todo, atendiendo a las significaciones elaboradas por los sujetos.

c) Estancias suficientes para conseguir una adecuada familiarización con el contexto y el grupo

Se trata de que el observador consiga, de manera paulatina y siempre respetando las normas y los ritmos establecidos por los actores sociales, ir ganándose su confianza (al menos de un número significativo de ellos). Esto permitiría la reducción progresiva de la reactividad por parte de los sujetos, la adecuada comprensión de los fenómenos y el contexto en el que ocurren y, por tanto, la confiabilidad de los datos obtenidos.

Todo ello con la finalidad de comprender las claves de la vida social y cultural de ese grupo social y acceder no solo a la visión sobre él que alcanza el investigador, sino, de manera preferente, la que tienen los propios sujetos que construyen esa realidad. Es decir, el principal objetivo de la observación participante es familiarizarse con los significados y valores que los sujetos otorgan a diferentes aspectos de su vida, con la racionalidad inherente a sus opiniones y conductas; acercarse, encontrar sentido y comprender, por tanto, *sus* conceptos, *sus* explicaciones, *su* manera de interpretar *su* realidad.

2.3. Grados y niveles de observación participante

Aunque no hay un acuerdo total entre los autores, se suelen diferenciar diversos tipos de observación participante en función del nivel de participación del observador en la vida cotidiana de los sujetos. Valles (1997, pp. 151-155) recoge lo propuesto por Junker (1960) y habla de cuatro grados de observación, con ventajas, limitaciones y problemas éticos diferentes:

- **Completo participante:** en esta modalidad, se daría la máxima ocultación de la actividad de observación junto con la máxima participación.
- **Participante-como-observador:** en esta modalidad, la ocultación de la actividad es parcial y la participación predomina sobre la observación.
- **Observador-como-participante:** en esta modalidad, el observador revela su papel y predomina la observación frente a la participación.
- **Completo observador:** esta modalidad combina la máxima revelación de la actividad de observación con el menor grado de participación.

Según Junker (1960), a los primeros dos grados les corresponde la ventaja de acceso a una mayor cantidad de información, especialmente cuando esta es secreta u oculta, pero, también, las limitaciones éticas que ya hemos mencionado en el primer apartado introductorio al hablar de la observación enmascarada o encubierta; por el contrario, los dos últimos grados soslayarían estas limitaciones, pero añadirían un acceso limitado a la información.

Por su parte, Spradley (1980, también citado en Valles, 1997, pp. 151-155) propone distinguir entre diferentes niveles que irían de una nula a una máxima participación del observador:

- No participación: se daría una nula interacción con los sujetos.
- Participación pasiva: la interacción, en este caso, sería mínima.
- Participación moderada: según el autor, se trataría de un equilibrio entre la participación y la observación.
- Participación activa: supone una implicación activa en la vida de los sujetos.
- Participación completa: para Spradley, se trataría de la observación en situaciones en las que el investigador era ya un participante con anterioridad.

Independientemente de la clasificación utilizada, la mayoría de los autores reconoce que se trata de tipologías más teóricas que empíricas, puesto que el rol del observador participante necesariamente se modifica a medida que avanza la investigación y se va ampliando su conocimiento del contexto y su relación con los sujetos.

2.4. Aplicabilidad y usos de la observación participante

Las utilidades de la observación participante podrían resumirse de la siguiente manera (Guasch, 2002; Jorgensen, 1989; Pujadas, 2004; Valles, 1997):

- a) Permite aproximarse a los fenómenos que se pretende investigar de modo directo y progresivo, en el momento en el que ocurren, en el contexto que les es propio y en todas sus dimensiones.
- b) Permite acceder a las experiencias cotidianas de los sujetos, observándolas directamente y en el contexto natural en el que se producen, accediendo a su racionalidad, a la lógica subyacente. En palabras de Pujadas (2004):

«Principalment, l'observació participant cerca la comprensió per part de l'investigador de tot el conjunt d'elements culturals que constitueixen la *racionalitat* amb què els actors socials actuen, el sentit que donen a les seves accions, les seves fites i els seus anhels personals i de grup. Arribar a aquest nivell de comprensió requereix empatia i proximitat, la qual cosa pressuposa participar de les situacions socials, implicar-s'hi, conèixer-hi» (Pujadas, 2004, p. 76, las cursivas son suyas).

c) Permite acercarse a la interpretación de la realidad por parte de los actores sociales, dando voz para expresar sus percepciones a los sujetos directamente implicados en los fenómenos que se investigan.

d) Permite la pluralidad de voces en la investigación de los fenómenos: de los sujetos, de profesionales o expertos implicados y del propio investigador. Se trata de algo particularmente útil en investigación social, cuando las perspectivas de los implicados pueden ser distantes o incluso contrapuestas entre sí y, al hilo de la premisa anterior, cuando la investigación pretende contribuir a dar voz a los actores que disponen de ella en menor medida.

e) Permite contrastar y, al tiempo, complementar las opiniones y explicaciones de los sujetos con sus conductas directamente observadas y, también, con los datos procedentes de la bibliografía o los conocimientos previos del investigador.

f) Permite contrastar las opiniones o interpretaciones del investigador con las de los sujetos, sobre los fenómenos que observa.

g) Permite adentrarse en el estudio de fenómenos todavía poco conocidos o incluso ocultos. No debe confundirse, sin embargo, como suele hacerse desde perspectivas más positivistas, que la utilidad de esta técnica se limite a las fases exploratorias o de descripciones iniciales de una investigación.

h) Permite investigar fenómenos que, de otra manera, sería difícil abordar. Guasch (2002) lo explica así:

«Desde un punto de vista teórico la observación participante es un instrumento útil para obtener datos sobre cualquier realidad social; si bien en la práctica la observación participante se emplea para obtener datos sobre realidades a las que resulta difícil aplicar otro tipo de técnicas. Eso ocurre, sobre todo, en los pueblos ágrafos y en situaciones sociales relacionadas con algún tipo de desviación en sociedades más complejas. También es frecuente su uso cuando, para entender la realidad social, se quiere primar el punto de vista de los actores en ella implicados» (Guasch, 2002, p. 35).

i) Permite un diseño emergente de las investigaciones y una construcción progresiva del conocimiento. De esta manera, se pueden ir orientando, reorientando, planificando... las diferentes técnicas a la luz de los datos que se van obteniendo y de los conocimientos que se van adquiriendo.

San Román (2009) resume todas estas utilidades de la siguiente manera:

«a) En primer lugar, sigue siendo la mejor garantía de encontrarnos precisamente con lo que no esperamos.

b) En segundo lugar, permite recibir información de múltiples formas y observar en relación lo que aparecería dividido y sin conexión en el caso de recurrir solo a técnicas preautadas –cuando esas relaciones no están previstas en el diseño, es decir, con enorme frecuencia e inevitablemente.

c) En tercer lugar, permite conocer personas y contextos, de forma que posteriormente puedan diseñarse muestras más adecuadas y permite también tomar más precauciones para recibir información fiable de las que se podrían tomar sin hacer observación participante.

d) En cuarto lugar, permite conocer personas y contextos con las que y en los que pueden solventarse dudas derivadas del uso de otras técnicas, así como obtener colaboradores fiables y sin improvisación para la colaboración en el estudio, cuando son necesarios, que no es siempre.

e) En quinto lugar, a partir de la observación participante, se construye un conocimiento que se ha ido contrastando y configurando progresivamente y que resulta muy importante a la hora de realizar los análisis de datos.

f) En sexto lugar, nos coloca en una situación analítica desde la que podemos formular nuevas hipótesis, con más posibilidades de que tengan sentido que las que se suelen formular en los análisis que parten tan solo del bagaje cultural, social y personal del investigador y del conocimiento a través de técnicas preautadas que comportan, en principio, un riesgo mayor de proyecciones ego y etnocéntricas» (San Román, 2009, pp. 257-258).

Acabamos este apartado con una defensa cerrada de las enormes potencialidades de la observación participante:

«En un momento en el que todas las disciplinas de las ciencias sociales invocan el trabajo de campo, defendemos la importancia de la observación participante en la construcción de la teoría etnográfica. Por su intencionado respeto por el curso habitual de la vida de aquellos a quienes estudia –aun sabiendo que nunca es del todo posible– y por el mucho tiempo que el etnógrafo o la etnógrafa se toma en comprenderla y estar presente en ella, la observación participante constituye una herramienta que no solo propicia la aparición contextualizada de los datos que pretende, sino que hace posible que lo imprevisible pase. Permite a quien investiga localizar fenómenos significativos que no son comprensibles para él en un principio y le permite también empezar a entrever relaciones entre los fenómenos» (San Román, 2009, pp. 244-245).

2.5. Limitaciones y dificultades de aplicación de la observación participante

A lo hora de enumerar las limitaciones de la observación participante como técnica de investigación, se suele establecer una diferenciación entre limitaciones o dificultades derivadas del investigador, las derivadas de los sujetos y las inherentes a la propia técnica y las circunstancias de la investigación (Guasch, 2002; Pujadas, 2004; Valles, 1997).

a) Dificultades o limitaciones relacionadas con el investigador

Algunos de los aspectos relacionados directamente con el investigador que tendrán una influencia directa en la observación participante son características inmutables de este como, por ejemplo, su edad, sexo, posición social, etnia o idioma. Se trata de cuestiones que influyen (tanto positiva como negativamente, en realidad) en las posibilidades de acceso al campo, de aceptación por parte de la comunidad, de acceso a determinados escenarios, de estableci-

miento de relaciones..., y que influyen también en la mirada del observador, su interpretación de los datos y su modo de presentarlos ante el público. Son circunstancias inherentes a la condición humana, inevitables, pero que es posible y necesario hacer conscientes para tratar de minimizar sus consecuencias negativas.

Ahora bien, aunque estas características personales puedan ser inevitables y tener un impacto en las posibilidades de desarrollar la observación participante, lo verdaderamente importante (casi) siempre es la habilidad del observador para establecer relaciones humanas de calidad, para acercarse a los sujetos, ser capaz de encontrar puntos en común o al menos de acuerdo o de respeto mutuo y para transmitir sinceridad y respeto. La confiabilidad de los datos que se obtengan en la observación participante va a estar enormemente influida por la capacidad del investigador para establecer relaciones de confianza, sinceras, empáticas y profundas. Cuanto mejor es la relación, mayor será la riqueza y calidad de los datos obtenidos. Guasch (2002) resalta así la importancia de estas habilidades:

«Otro modo de construir las relaciones de campo consiste en buscar similitudes biográficas entre observador y observado. El conocimiento previo del campo que se analiza suele ofrecer pistas sobre qué clase de aspectos de la propia biografía conviene destacar. Pero suele ser la intuición y a veces la suerte lo que revela aspectos biográficos comunes sobre los que solidificar la relación de campo. Son aspectos que pueden tener poco que ver con la investigación, pero que contribuyen a crear la sensación en el informante de que el ajeno, en el fondo, no es tan distinto como parece» (Guasch, 2002, p. 44).

En este sentido, podemos ya indicar que es inevitable que a lo largo del trabajo de campo, muy especialmente en el contexto de la observación participante, el investigador experimente diversos sentimientos derivados de la propia situación. Van desde el sentimiento de aislamiento y extrañeza (mayores cuanto mayor sea la diferencia con el medio habitual del investigador), la tristeza, la impotencia (por ejemplo, ante situaciones injustas que se observan y sobre las que no se puede actuar de manera significativa), la frustración (si no se consiguen los resultados esperados o no al ritmo que se desearía, si surgen conflictos...) hasta la alegría (cuando el trabajo avanza, las relaciones se afianzan...), el entusiasmo, etc. Son, lógicamente, sentimientos legítimos y comprensibles, pero es imprescindible que el observador sea capaz de, primero, ser consciente de ellos y, segundo, de reflexionar sobre el posible impacto en su capacidad para desarrollar la investigación y sobre el tipo y la calidad de los datos que va obteniendo.

La dificultad para mantener una posición de investigación, un distanciamiento intelectual, por así decirlo, suele señalarse como uno de los riesgos de la observación participante prolongada o en la que se da un alto nivel de identificación del investigador con las circunstancias vitales del grupo o con alguno de los sujetos en particular. Por ello es importante, aunque en ocasiones enor-

mamente difícil, que el investigador de campo preserve sus posiciones ideológicas o sus opiniones sobre los fenómenos y las diferencie de los datos que obtiene y las hipótesis que construye.

b) Limitaciones o dificultades derivadas de los sujetos

Es importante comprender que los sujetos están en su derecho de no participar en nuestras investigaciones, de mostrarnos su opinión sobre ellas o sobre nuestra estancia en el campo o nuestro modo de proceder en él, tanto en sentido positivo como negativo, de retirarnos su apoyo o cancelar la relación, de poner límites al acceso a escenarios o datos, etc. En observación participante la aceptación por parte del grupo, tanto del investigador en persona como de la propia investigación, es, sin duda, un aspecto clave (limitante en realidad), pero sabemos ya que no se trata de algo que se pueda forzar ni acelerar. No es lógico pretender ser aceptado ni apreciado por todos los actores sociales en el campo: como suele decirse de manera coloquial, no podemos pretender *caerle bien a todo el mundo*. Ahora bien, sí parece imprescindible perseguir ser aceptado por una parte importante del grupo, especialmente por los sujetos más directamente implicados en los fenómenos que nos interesan, los que pueden proporcionarnos más y mejor información y los que pueden darnos acceso y nuevos contactos. Sin una relación como mínimo fluida con estos sujetos, la observación participante se presentaría dificultosa. La actitud sincera y honesta, proporcionando toda la información necesaria para dar seguridad a los sujetos y hacerles sentirse cómodos y partícipes del proceso, junto con la paciencia y el respeto de las pautas que rigen las relaciones y los *tempos* sociales, son fundamentales para conseguir una adecuada aceptación por parte del grupo en general y de cada sujeto en particular. Aun así, y aunque a menudo es posible averiguar a qué responden y revertirlas, las reticencias o la negativa franca a colaborar son legítimas y deben respetarse siempre.

En cuanto a la respuesta de los sujetos ante la presencia del investigador, merece la pena que nos detengamos un momento. Suele decirse que la pretensión en observación participante es que, de manera paulatina y al cabo del tiempo, y gracias a la formación y la habilidad del investigador, este vaya siendo progresivamente visto cada vez en menor medida como alguien extraño, y cada vez más como alguien (casi) miembro del grupo. No se nos puede escapar que en algunos casos esto es enormemente difícil, cuando no imposible: las diferencias (sociales, culturales, económicas...) entre observador y observado son a menudo muy marcadas y, aunque el paso del tiempo, el buen hacer del investigador y la buena voluntad de los investigados pueden reducirlas, es fácil que nunca lleguen a desaparecer del todo. Esto no invalida ni mucho menos la observación participante, siempre y cuando el investigador sea consciente de la distancia y de sus consecuencias.

Las dificultades de integración en un grupo dependerán de diversos factores, algunos de los cuales ya hemos mencionado: edad, sexo, temática de la investigación... En cualquier caso, es común que, sobre todo al principio, las perso-

nas investigadas no se comporten de manera natural en presencia del investigador, que cambien su comportamiento, su manera de hablar, las explicaciones que dan sobre lo que hacen, etc. A este cambio de actitud inducido por la conciencia de ser observado y por la propia presencia, tan cercana además, del investigador en la escena social se le denomina *reactividad*. Y responde a diversos motivos, muy humanamente comprensibles: deseo de mostrar lo mejor de uno mismo y del grupo, de ocultar fallos, engaños o miserias, de ser prudente ante un extraño (especialmente si pretende acceder a información o escenarios que se consideran íntimos o delicados), etc.

Sin duda, la reactividad introduce un sesgo en la información que recoge el investigador. Ahora bien, aunque pueda parecer paradójico, la observación participante es la técnica donde el investigador puede estar en mejores condiciones de, primero, ser consciente de que esta existe y de cuáles pueden ser sus causas y sus consecuencias; segundo, de intentar eliminarla o, al menos, minimizarla; y, tercero, y no menos importante, de ser capaz de interpretar su significado. La reactividad en el contexto de una investigación es una fuente de información en sí misma: no modificamos nuestra conducta cuando alguien nos observa si lo que hacemos nos parece carente de importancia. Pujadas (2004) lo explica así refiriéndose a su trabajo de campo en el Pirineo:

«[...] La nostra pròpia experiència d'observació participant a diferents poblacions dels Pirineus ens permet establir l'existència d'un llindar molt clarament establert entre la imatge externa i la interna.

La imatge externa que els actors socials s'afanyen a mostrar al foraster és una imatge idealitzada de la realitat, la cara diàfana, on no hi ha conflictes entre veïns i regna la solidaritat, l'igualitarisme i, fins i tot, l'autocomplaença identitària, basada en l'afirmació de la superioritat dels propis costums, la gastronomia de la terra i el convenciment que les festes locals són les millors de l'univers cultural en el qual s'insereix la comunitat.

Indubtablement, les coses són més complicades i és bo que l'etnògraf s'afanyi a trobar altres explicacions, altres dimensions de la vida social, a més d'aquesta imatge construïda de la realitat. Quan un grata una mica més, quan aprofundeix en el coneixement de com s'estructuren les relacions socials, troba conflictes, divisions clientelars, lluites pel poder, desigualtats i tensions socials i, el que és més important, mostres d'alienació cultural i crisis identitàries que no són fàcilment perceptibles per un observador extern poc avisat.

Però, sens dubte, aquesta cara fosca de la realitat serveix de contrapunt per a construir una interpretació més completa i equilibrada de la nostra unitat d'anàlisi» (Pujadas, 2004, p. 82).

Ahora bien, no podemos perder de vista que cuanto mayor es la distancia social, la diferencia, entre el observador y el observado, tanto más difícil será conseguir el objetivo de llegar a ser visto casi como un miembro del grupo. Guasch (2002) lo explica así:

«En el caso de la observación participante, es relevante la situación social del investigador respecto al objeto de estudio. El fin último de la observación participante es anular, disminuir o (al menos) controlar mediante la inmersión en un contexto social ajeno la distancia social que existe entre el observador y los observados, precisamente para captar su punto de vista. Pero en función de esa distancia inicial, la posibilidad de conseguir penetrar la realidad estudiada es mayor o menor. Ser estadounidense negro, ser asiático, o ser gay, puede ser importante si quien investiga va a observar blancos, europeos o heterosexuales respectivamente. Las características de la situación social del investigador mediatizan la perspectiva de observación» (Guasch, 2002, p. 37).

c) Limitaciones o dificultades derivadas de las características inherentes a la técnica

Además de lo señalado ya sobre la influencia de las características personales del investigador, de la necesidad de que tenga habilidad para establecer relaciones sociales que le permitan acceder a escenarios, situaciones y sujetos, y de la importancia de la aceptación por parte del grupo, existen otras dificultades o limitaciones de la observación participante que van implícitas en la propia definición de la técnica.

La más importante, sin duda alguna, especialmente en el contexto de precariedad de la investigación social en el que nos movemos, es el elevado nivel de exigencia en cuanto al tiempo de dedicación. Acceder al campo, establecer relaciones, familiarizarse con el contexto, llegar a comprender las claves básicas... son cuestiones que requieren tiempo.

Y el tiempo implica dinero, de manera que una de las mayores limitaciones que encuentran los investigadores actuales para el desarrollo de la observación participante es la obtención de financiación para estudios que necesitan tiempos y presupuestos mayores que los planteados, por ejemplo, desde la metodología cuantitativa. Es, sin duda, una limitación importante, pero no siempre insoslayable: si bien es cierto que ya no es realista (casi siempre) plantear investigaciones al estilo malinowskiano con años de estancia continuada en el campo (si se pretende que haya una financiación pública, al menos), también lo es que la experiencia, el conocimiento del contexto y de las temáticas se puede adquirir a lo largo de investigaciones progresivas o formando equipos especializados.

2.6. Implementación de la observación participante

Lecturas complementarias

Os proponemos algunos títulos de libros en los que se emplea como técnica destacada la observación participante. Algunos son clásicos y otros más actuales:

E. Goffman (1981a). *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.

E. Goffman (1981b). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

O. Lewis (1985 [1959]). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.

Ll. Mallart (1992). *Sóc fill dels evuzok*. Barcelona: La Campana.

W. F. Whyte (2015 [1943]). *La sociedad de la esquina*. Madrid: CIS.

2.6.1. La selección de los escenarios

La selección de los escenarios en los que tendrá lugar la observación participante es, junto con la elección de informantes, una de las decisiones más trascendentales en una investigación.

Unidades de análisis y unidades de observación

Es importante distinguir entre unidades de análisis y unidades de observación. Podríamos decir, aunque resulte un poco simplificador, que las unidades de análisis se corresponden con lo que, en metodología cuantitativa, se denomina universo. Las unidades de observación son los escenarios concretos en los que tendrá lugar la observación (Pujadas, 2004, pp. 78-79). Cuando las unidades de observación están bien elegidas, deberían permitir que los datos obtenidos en ellas fueran extrapolables a la unidad de análisis, en las condiciones en las que esta generalización se estableciera. Elegir bien el conjunto y cada uno de nuestros escenarios es, por tanto, fundamental.

Sabemos que los fenómenos sociales objeto de interés en investigación social y, en nuestro caso, sociolaboral, son siempre complejos y, lógicamente, tienen lugar en escenarios muy diversos. Precisamente por esto, la estrategia del investigador cualitativo que implementa una observación participante debe ser la de intentar seleccionar una suficiente diversidad de escenarios como para dar cumplida cuenta de las diferentes situaciones y perspectivas en torno a un mismo fenómeno, que se dan, además, no solo en el presente, sino que tienen sus raíces en el pasado y en diversos entornos geográficos, políticos y sociales.

Además, debemos tener en cuenta el carácter emergente, ya mencionado, de los diseños cualitativos de investigación en general y del desarrollo de la observación participante en particular. Así, tras una lectura bibliográfica exhaustiva y detallada, el investigador puede considerar trabajar en una serie de escenarios que, a lo largo de la observación, pueden ir modificándose. Esto ocurre porque, a medida que avanza el proceso de observación participante, si todo va bien, el grado de aceptación del investigador por parte del grupo y su manejo de las pautas de relación social es mayor, lo que le da acceso a escenarios que quizá anteriormente estaban vetados y su conocimiento del medio social y del fenómeno que estudia va mejorando también, de manera que es capaz de reconocer mejor aquellos lugares en los que ocurren situaciones relevantes (o complementarias, pero importantes). También, porque a medida que avanza su familiarización con el contexto, el investigador puede darse cuenta de que el o los escenarios seleccionados no le permiten acceder a las situaciones que le interesan o no, al menos, con la profundidad y amplitud necesarias. Incluso, también, al contrario, la observación en un determinado escenario puede hacer que el investigador modifique su foco de interés, sus preguntas de investigación e hipótesis de partida.

De manera coherente con esto, la selección de escenarios debe comenzar con criterios teóricos para seguir con criterios de posibilidad (Guasch, 2002). Es decir, en principio, el observador participante debe seleccionar aquellos escenarios que cree, desde un punto de vista teórico (a partir de la lectura bibliográfica y de sus propios conocimientos y experiencia previos) que le proporcionarán la información que necesita con una adecuada calidad. Después, se

Etnografía o descripción densa

Este esfuerzo por atender y describir adecuadamente la multiplicidad de escenarios, voces y perspectivas que componen la realidad social ha recibido, por parte del antropólogo C. Geertz (1987), el término *etnografía o descripción densa*. Podéis ampliar esta información en su obra *La interpretación de las culturas*.

rá el momento de aplicar un criterio más pragmático o realista y ver cuáles de esos escenarios son verdaderamente accesibles en cada momento de la investigación, tratando siempre de ampliarlos a medida que va siendo posible. También sabrá qué tipo de observación, y en qué grado, es posible y deseable en cada escenario y en cada momento.

Por otra parte, habrá que tener en cuenta que no solo se tratará de ver las posibilidades de acceder, sino también las de estar en el campo. En otras palabras, en qué medida será posible y necesaria una convivencia más o menos prolongada e intensa en cada lugar elegido: habrá escenarios en los que sea posible establecer una convivencia intensiva, mientras que en otros solo lo será de manera parcial o esporádica pero, a veces, suficiente para acceder a los datos necesarios. Pujadas (2004) lo explica así:

«És indubtable que el tipus de terreny (i el tema de la investigació) triat condiciona dràsticament la manera com hem de situar-nos, les passes que hem de fer i la manera com hem de realitzar la nostra entrada en la comunitat, institució, grup, comarca o regió triat com a unitat d'observació.

Moltes vegades no és necessària aquella coresidència que defensava Malinowski, altres vegades pot resultar indispensable i, finalment, en alguns casos pot resultar simplement impossible conviure estretament amb els nostres informants. Pesem, per exemple, en l'estudi clàssic de William F. Whyte (1943) sobre 'la societat de les cantonades', en la qual l'etnògraf va estudiar 'l'ordre social' d'un barri a partir de l'observació sistemàtica de la vida de relació d'una banda juvenil en una ciutat nord-americana.

És obvi que la presència de l'etnògraf en el món tancat d'una banda era molt difícil, amb la qual cosa l'estratègia de Whyte, que es va instal·lar durant molts mesos al barri, va ser anar guanyant la confiança d'alguns dels seus membres i intentar entrevistar-los de manera informal per separat i fora dels espais i els moments en què es trobaven diàriament. Només al final de la seva investigació va tenir l'oportunitat de participar en algunes de les trobades del grup sencer» (Pujadas, 2004, p. 79).

Como parece lógico, la entrada debe darse primero por los escenarios más accesibles (entre aquellos relevantes o que les pueden dar acceso) para, a medida que avanza la investigación, ir intentando, paulatinamente, adentrarse en los menos accesibles *a priori* pero relevantes para adquirir conocimiento. Guasch (2002) lo expresa en términos de «combinar lo deseable con lo posible»:

«Es difícil prever, de entrada, en qué escenarios va a realizarse el trabajo de campo. Es posible que quien investiga termine por hacerlo en escenarios distintos a los seleccionados. Pero ello sucede cuando ya se tiene una cierta experiencia de campo, y mucha soltura para desenvolverse en el mismo. Lo idóneo, a la hora de seleccionar los escenarios iniciales, es combinar adecuadamente lo deseable con lo posible: combinar correctamente la teoría con la práctica. La selección de un escenario debe ser una opción teórica. Hay que proponer, por difícil que sea su acceso, aquellos escenarios que puedan proporcionar la calidad adecuada de información que se desea. Solo tras definir lo deseable puede señalarse lo posible. Las dificultades prácticas de acceso y presencia en los distintos escenarios de campo no deben mediatizar, de entrada, las opciones teóricas» (Guasch, 2002, p. 38).

En cualquier caso, la actitud del investigador debe ser de prudencia. Es fundamental que aprenda a valorar de manera adecuada en qué momento sus conocimientos del medio social, de los fenómenos y las relaciones y la aceptación y confianza por parte del grupo o de determinados sujetos le permiten ir planteando acceder a escenarios cada vez más difíciles. Se trata, por decirlo de manera coloquial, de *ir asegurando los pasos*. Una excesiva prudencia hurtará

información relevante a la investigación y puede incluso condicionar negativamente la posición social en el grupo. Precipitarse, por el contrario, puede dar al traste con esa misma posición.

«La observación participante es un proceso poco formalizado y especialmente flexible. En ese sentido, la decisión de participar en un escenario o en otro tiene que ver con la oportunidad y la conveniencia. En las fases iniciales de la investigación (y al tiempo que se revisa la bibliografía disponible) es conveniente asistir a escenarios accesibles para ir adquiriendo familiaridad con el universo a investigar. Es en esta fase cuando se empiezan a detectar posibilidades de acceso a los escenarios deseables. En ocasiones acontece que antes de formalizar su participación como investigador, este ya conoce de manera previa el campo en el que va a investigar. Pero cuando no existe un conocimiento previo del campo, la decisión respecto a la selección de los escenarios, además de con la teoría, tiene que ver con la posibilidad de acceder al mismo, con el rol que se va a desempeñar, y con el convencimiento de que el rol o los roles que van a desempeñarse permitan penetrar lo suficiente en ese escenario para conseguir los datos deseados» (Guasch, 2002, pp. 38-39).

Por otra parte, y para evitar sesgos e insuficiencias en la información obtenida, es imprescindible que los escenarios sean variados y heterogéneos, de manera que permitan acceder a un amplio espectro de situaciones y fenómenos que responda a la complejidad de la cuestión que se estudia. Y algunos serán más centrales o importantes que otros, pero todos tendrán relevancia. Así, la observación debe incluir escenarios cotidianos pero también otros que lo son menos o no lo son en absoluto pero que en un momento determinado adquieren relevancia.

La selección se realizará entonces, como decíamos, con criterios teóricos y prácticos. El abandono de la observación en un escenario se debe hacer (siempre que las condiciones prácticas del estudio lo permitan, claro) solo cuando se haya alcanzado la saturación teórica, es decir, cuando continuar la observación en ese lugar no añade ya nuevos datos. Cabe, en ese punto, incorporar otros nuevos para ampliar y contrastar la información.

Algunos autores diferencian, además, entre, por una parte, escenarios transparentes y opacos, en función de si los fenómenos se dan o no de manera pública (al menos en parte), lo que no significa, sin embargo, que todos sus matices sean necesariamente comprensibles para los ojos del neófito; y, por otra parte, escenarios abiertos y cerrados, en función del grado de accesibilidad para los no-miembros del grupo (Guasch, 2002, pp. 39-40). *A priori*, podría pensarse que los escenarios transparentes y abiertos (por ejemplo, empresas, centros educativos o sanitarios, asociaciones, entidades políticas...) son más accesibles que los opacos y cerrados (por ejemplo, grupos que realizan actividades irregulares o delictivas, grupos marginales, trabajadores irregulares, etc.), pero esto no necesariamente es así. Veámoslo.

Ejemplo

Por ejemplo, si queremos estudiar el papel de la red social para encontrar trabajo en parados de larga duración, elegiremos escenarios cotidianos de estas personas, como sus domicilios, lugares de ocio, organismos relacionados con la inserción laboral, lugares de formación, etc., pero también otros solo aparentemente periféricos como, por ejemplo, iglesias, ONG, etc.

2.6.2. La entrada en el campo

Si los escenarios en los que ocurren los fenómenos que observamos son casi siempre múltiples, parece lógico pensar que la forma de entrada en cada uno de ellos y el rol que ocupará el investigador puede ser diferente y cambiar, también, a lo largo del tiempo.

Entrar en un escenario para hacer observación participante es, a menudo, complejo. Se requiere tiempo, paciencia y habilidad. García Jorba (2000) relata en su libro, en algunos momentos con gran sentido del humor, sus propias dificultades para iniciar la observación participante (también, después, para darla por concluida) y escribe lo siguiente:

«Caminante no hay camino, se hace camino al andar. Los versos de Machado son pertinentes, en especial cuando se trata de las etapas de investigación en las que uno se *abre* al campo. Por muchos conocimientos que puedan llegarse a adquirir acerca del grupo o de la dinámica social que se estudie, el/la investigador nunca sabe lo que le espera. Tanto si se cambia de país, de cultura, de idioma, como si se mantiene en el ámbito de la diversidad cercana, acaba trabajando con personas a las que no conoce en unas condiciones que no controla. Luego, con el paso del tiempo, esas mismas personas tendrán un peso fundamental en sus labores y sus días, y actuará de modo acorde con el tipo de relación que ha contribuido a construir. Ante esos condicionantes, es necesario empezar como se pueda, buscar el contacto, e intentar orientarse en la nueva realidad que su presencia, y sus inquisiciones, configura. La metodología permite dar el salto, superar el vacío, entre la teoría y la empiria. Pero descansa sobre un supuesto, la habilidad personal para crear las condiciones que permitan activar las técnicas de investigación. Es una empresa compleja para el/la investigador experimentado, y aún más para el novel» (García Jorba, 2000, p. 75, las cursivas son suyas).

En primer lugar, será necesario presentarse como investigador, dar las explicaciones necesarias a las personas que puedan garantizarnos la entrada al grupo y a cada uno de los escenarios y, en estos, a cada uno de los sujetos cuando lo pidan o sea necesario para definir nuestro rol.

En argot, a estas personas que facilitan el acceso al campo se les denomina *porteros* y su elección es un punto delicado y a veces limitante de una investigación. Un portero nos dará acceso a escenarios y personas en los que se maneja con comodidad, en los que tiene un papel reconocido y, a menudo, de referencia y cierta autoridad. El acceso, así, a ese tipo de escenarios y a las personas que están en él parece sencillo. Sin embargo, no podemos olvidar que, habitualmente, *nadie tiene la llave de todas las puertas* y que una persona que puede abrirnos un escenario puede, a veces, incluso, cerrarnos otros.

También se debe tener en cuenta que, a menudo, estas personas tienen sus propios intereses: ejercer poder o influencia sobre el investigador o los resultados de la investigación, aumentar (o recuperar) su estatus social dentro del propio grupo, ejercer de espía para un determinado sector, etc. Aunque no siempre este interés tiene connotaciones negativas o de aprovechamiento franco, al contrario, a veces ocurre que la amabilidad, el sincero deseo de ayudar, la soledad... pueden hacer que alguien acapare o conduzca excesivamente al investigador, ejerciendo, sin quererlo, de factor limitante para la entrada en el campo y para el establecimiento en él de relaciones diversas. A menudo, también,

Ejemplo

Por ejemplo, si pretendemos estudiar los riesgos psicosociales asociados a las malas condiciones de trabajo en una determinada empresa, difícilmente el propietario o el gerente serán los porteros más adecuados para llegar a realizar observación participante en los escenarios laborales de los trabajadores: aunque necesitemos conseguir su permiso, llegar de su mano a los escenarios laborales cotidianos puede hacer que los trabajadores desconfíen, se muestren reticentes o se nieguen a colaborar.

ninguna de estas circunstancias es conocida a tiempo por el investigador, que puede no ser consciente, entonces, de estar limitándose el acceso a la información deseada. Una actitud agradecida, reconociendo el valor de su ayuda, acompañada de la explicación clara y sincera de la necesidad de ampliar contactos, es una buena estrategia para manejar estas situaciones.

Por otra parte, además de estos porteros, durante la entrada al campo el investigador se va encontrando con distintas personas a las que debe explicar su tarea. Estas explicaciones no necesariamente serán las mismas, ni con el mismo detalle, ni necesariamente las primeras personas con las que contactamos o que nos facilitan la entrada tendrán luego un papel destacado en el día a día de la investigación. Así, por ejemplo, si lo que pretendemos es el acceso a una institución pública (un hospital, un instituto de formación profesional, una cárcel, un centro de orientación para el empleo...), debemos dirigirnos primero a la persona responsable del lugar, explicarle con detalle las características de la investigación (objetivos, fases, técnicas que emplearemos, fuentes de financiación, uso de los datos...), aportando todos los documentos y credenciales que se nos requieran (muchos y muy detallados en algunos casos; menos, en otros). Será necesario contemplar la necesidad de que nuestra investigación pase, para su aprobación, por un período de evaluación (por el comité de ética del hospital, por el consejo escolar y el equipo directivo del centro educativo, por el consejo de administración de una empresa...) y que se nos requiera aportar diverso tipo de documentación.

Conseguir este tipo de permisos (oficiales o no) tiene una dificultad variable. Podríamos pensar que en una institución oficial, en una empresa o en cualquier institución formal, con una estructura definida y funcionamiento fundamentalmente público, conseguir estos permisos será relativamente sencillo, mientras que en entidades informales (grupos de personas de diferente tipología), grupos marginales o más o menos ocultos, será más difícil. Sin embargo, esto no necesariamente es así. El itinerario a veces altamente burocratizado y jerárquico de las instituciones formales es a veces más complejo, más lento e incluso más infranqueable que los grupos informales, donde la relación previa con un portero, el establecimiento de relaciones personales y las explicaciones cara a cara pueden facilitar el acceso al campo más de lo previsto.

En cualquier caso, es necesario ser consciente de que, aunque a veces se trate de trámites sencillos y rápidos, esto no ocurre ni mucho menos siempre, de manera que hay que prever que el inicio de la investigación o la entrada al campo tarde un tiempo, para evitar acumular retrasos.

A veces, también, no es posible contar con ningún portero o no hay un responsable o dirigente claramente identificable y el acceso al campo se debe comenzar, digamos, desde cero. La estrategia, en estos casos, debe ser iniciar acercamientos progresivos y prudentes, estableciendo conversaciones breves e

informales con personas diversas para, poco a poco, sin levantar susceptibilidades ni desconfianzas que puedan cerrarnos las puertas, negociar la presencia en el campo.

En cualquier caso, y como dijimos al hablar de la observación enmascarada, es imprescindible identificarse siempre, ya desde los primeros contactos.

Una vez conseguido el permiso de los responsables de permitir la entrada al campo, el observador debe gestionar la relación con cada una de las personas con las que va tratando (incluidos los porteros que dieron acceso) y establecer su rol en los escenarios. Y esto sabiendo que las relaciones no son estáticas, sino que cambian a lo largo del tiempo, a medida que el conocimiento mutuo es mayor, que el observador está más entrenado y conoce mejor el entorno y a los sujetos y, también, en función de las circunstancias que se den en el campo en cada momento. Los roles del observador cambiarán también con el tiempo y en función de los acontecimientos que surgen y las personas con las que trata. Así, es habitual que las relaciones sean más distantes o formales al principio y se vayan relajando las formas a medida que pasa el tiempo, aunque no haya un plazo preestablecido ni sea algo que ocurra siempre ni de la misma manera con todas las personas. También, al principio las actitudes respecto al investigador serán diferentes: los sujetos pueden actuar primero con desconfianza, recelo o al menos a la expectativa, y después de manera más próxima, aunque tampoco siempre ni por igual con todas las personas. En los primeros momentos, el grupo puede ser comprensivo con errores o torpezas del investigador que se achacarán a su desconocimiento del entorno o de las costumbres y pautas de relación, mientras que esas mismas torpezas pueden suponer un conflicto un tiempo después. Sea como sea, los problemas de acceso son habituales y ser capaz de lidiar con ellos forma parte del aprendizaje de cualquier investigador de campo: es necesario insistir y tener paciencia y prudencia.

En estos primeros contactos, además de las explicaciones ya mencionadas sobre la investigación y las tareas del investigador en el campo, el observador debe dejar claro ya que la colaboración con él es voluntaria y esta voluntariedad puede reconsiderarse en cualquier momento, y que la información obtenida será tratada de manera confidencial, de manera que (salvo que dé su consentimiento explícito) se intentará por todos los medios que nadie pueda identificar a los sujetos que proporcionan los datos.

2.6.3. Desarrollo de la observación participante: interacción social

Otra de las cuestiones que cabe plantearse es cómo definir el grado de participación y cómo consolidar las relaciones en la observación participante (Guasch, 2002; Taylor y Bogdan, 1987; Valles, 1997). Guasch (2002) lo expresa así:

«La participación es un problema teórico menor. La participación es, sobre todo, una cuestión técnica y de sentido común. La presencia social de una persona en un grupo social que le es ajeno solo puede solventarse en términos del grupo que lo acoge. El grupo al que se incorpora el investigador siempre posee algún tipo de nicho cultural al que el extraño puede acogerse. Este nicho cultural puede ser el de persona adoptada, el de huésped o incluso el de enemigo. Pero siempre existe algún modo de interactuar con los otros. Así pues, desde un punto de vista teórico: el rol que desempeña el investigador en un grupo social ajeno al suyo debe estar previsto culturalmente por la sociedad receptora. La búsqueda de un rol de participación para el investigador es básica porque condiciona la observación» (Guasch, 2002, pp. 11-12).

Por otra parte, como es propio en metodología cualitativa, los diseños de la observación participante tienen que entenderse como emergentes, provisionales, flexibles y adaptables a las circunstancias en las que tiene lugar:

«Sea cual sea el origen del interés primario por el problema o situación social a analizar, durante las primeras estancias de campo es posible que la investigación se convierta en algo distinto al diseño original. En la medida en que la observación participante contribuye a primar el punto de vista de los actores sociales por encima de la perspectiva del observador, esta última puede sufrir transformaciones importantes tras las primeras estancias de campo» (Guasch, 2002, p. 36).

En lo que se refiere a la interacción social en el campo, podemos destacar que uno de los aspectos fundamentales, que marcará las posibilidades de comunicación y comprensión, es el idioma. Para el observador participante es irrenunciable conocer la lengua de los sujetos, con un buen dominio que permita no solo la comunicación básica, sino también una adecuada capacidad de profundización y comprensión de los significados, atendiendo a los matices, la polisemia y la jerga. Más aún, no se tratará solo de adquirir un buen dominio del idioma, sino también de lo que se suele denominar *estilos de comunicación*: maneras concretas de comportarse en diferentes situaciones sociales, de dirigirse a los diferentes perfiles de personas en cada situación social concreta, de expresar los sentimientos y opiniones, etc.

Es necesario, además, que el investigador adquiera un amplio conocimiento del vocabulario específico relacionado con la temática de la investigación y con las situaciones sociales en las que se emplea. Las palabras, los gestos, las expresiones, adquieren significados diferentes en función del contexto en el que tienen lugar, y conocerlos permite acceder al conjunto de significaciones de un grupo humano concreto. Todo ello es tanto más importante cuanto mayor sea el desconocimiento del contexto o situaciones concretas o la distancia cultural o social de los investigadores respecto a los sujetos. Pero, también, en contra de lo que suele pensarse, en contextos propios del investigador (su grupo cultural, social, laboral...) o muy cercanos donde este puede perder la necesaria distancia que aporta perspectiva.

García Jorba (2000) relata, con humildad y sentido del humor, las dificultades que tuvo para conseguir que los testigos de Jehová con los que trabajaba se prestasen a reconstruir su historia de vida. El autor lo cuenta así:

«[...] cumplía con los requisitos para solicitar, elaborar y revisar una historia de vida. Desde la negociación hasta la realización. Les indicaba cuán importante era su testimonio para que la gente pudiera saber de ellos sin mediaciones engañosas, que tenían una posibilidad de dar a conocer cómo se puede vivir de forma religiosa y sincera hoy en día, que la intimidad quedaba resguardada. Todo inútil. Exasperadamente inútil. Habían caído Eulàlia, Martina, Samantha, Julia y Ricard –también Luis Manuel, pero desde mu-

El grado de participación

En contextos occidentales y urbanos, el grado de participación puede definirse apelando a diferentes figuras cotidianas en nuestras vidas. En el contexto laboral, por ejemplo, puede ir desde el simple observador que colabora puntualmente en algunas tareas menores (traer café, hacer fotocopias, repartir circulares, organizar los espacios de reunión...) hasta otras de mayor calado, como tareas más específicas relacionadas con la actividad laboral concreta siempre en calidad de acompañante (por ejemplo, colaboración en el reparto de publicidad, en la atención al público...).

chos puntos de vista es otro caso. Todos ellos debido a una cierta solidaridad hacia mi persona, a una cierta simpatía, pero en modo alguno por complicidad con el proyecto. Lo lamentable es que no hay manera de seducir a muchos testigos con quienes mantengo una relación cordial y, hasta cierto punto, confiable» (García Jorba, 2000, p. 197).

Cuenta, después, que todos sus intentos por reconstruir la historia de vida de Jacinta habían sido infructuosos, ya que ella se había negado siempre. Hasta que un día hace otro intento:

«-Ya sé que me considerarás un pesado, pero, escucha -me acerco como si fuera a descubrirle un secreto fundamental y bajo la voz-, ¿no te apetecería un buen desayuno, y así, de paso, me explicas tu experiencia en la Verdad?

-¡Ah! Muy bien, cuando quieras. No es que sea muy interesante, pero, bueno. Oye, que eso del desayuno me acuerdo, ¿eh?

Me he quedado de piedra. No esperaba que accediera. No debía acceder, puesto que siempre se negaba» (García Jorba, 2000, p. 198).

El propio autor, más tarde, da con la clave: ha usado el idioma de la informante («tu experiencia en la Verdad») en lugar del suyo propio («historia de vida»):

«Ahora, en la tranquilidad serena de la noche, me doy cuenta de qué ha pasado: no le he solicitado una historia de vida, sino que le he pedido que me relate su *experiencia en la Verdad*. Ha sido algo inconsciente. No lo tenía previsto. Me ha salido así, espontáneamente, y ha sido así como he tenido éxito. ¿Por qué? Porque ahora, mi solicitud encuadra perfectamente en su lenguaje, en sus expectativas. He activado una fórmula que encaja en su sistema de significación. Jacinta no conoce a nadie que haya explicado historias de vida. Posiblemente, por mucho que yo se lo explique, no tiene ni idea de qué cosa puedan ser. Sin embargo, cada asamblea de círculo o de distrito está trufada de testimonios de hermanos y hermanas que explican su experiencia en la Verdad. En esa experiencia entra su vida, su itinerario desde la mundanidad hasta la Verdad -o sea, su conversión-, su forma de vivir conforme al *lenguaje puro*, sus anécdotas en el ministerio de capo. Tal y como aparecen en esas ilustraciones personales de La Atalaya» (García Jorba, 2000, pp. 198-199, las cursivas son suyas).

En cuanto a la actitud por parte del observador participante durante su estancia en el campo, cabe destacar la necesidad de:

a) Negociar el rol

Ya hemos insistido en que es imprescindible responder de manera clara y comprensible a las preguntas de los sujetos que hagan referencia a nuestra presencia en el campo. Las preguntas más habituales girarán en torno a quiénes somos, por qué estamos ahí, cuáles son nuestras intenciones, por qué y para qué nos interesa este tema en concreto, qué haremos con la información, etc. Aunque, como ya hemos mencionado, adaptemos la información al interlocutor y a las circunstancias en las que se formula la pregunta, es importante ser sincero y honesto. Y, aunque haya variaciones, estas no pueden ser tan sustanciales como para generar suspicacias entre los informantes y, sobre todo, no pueden ser falsas. En palabras de Guasch:

«Pese a que no es imprescindible señalar todas las razones que motivan la estancia, sí resulta útil contestar siempre las preguntas de los actores. Deben ser respuestas coherentes y preferentemente las mismas para todos ellos. Si se pretende que una persona colabore en una investigación abierta (además de dejarle claro que su colaboración es voluntaria y que la información es anónima y confidencial), debe constatar en todo momento la sinceridad de quien investiga» (Guasch, 2002, p. 44).

Pero, aunque pueda parecer contradictorio, no es demasiado aconsejable que la información sea demasiado detallada a todo el mundo: dar demasiados detalles no solo no es necesario, sino que puede ser contraproducente. El investigador debe ser muy claro en su voluntad de preservar la intimidad de las personas, no perjudicarlas con su presencia ni con su investigación y establecer relaciones cercanas y sinceras, pero no es aconsejable que dé información muy específica sobre las preguntas de investigación concretas o las técnicas de investigación.

Por ejemplo, podemos reconocer que tomamos notas después de cada sesión de observación, pero no es necesario mostrar a las claras el enorme detalle con el que se registran los acontecimientos en un diario de campo, porque puede resultar violento e intrusivo para las personas o, también, algunas pueden solicitarlos verlas puntualmente o de manera habitual, algo que no puede hacerse.

Taylor y Bogdan (1987) nos dan, sobre esto, algunas sugerencias:

«Un modo que hemos descubierto útil para expresar los intereses de la investigación consiste en hacer saber a los sujetos que no necesariamente estamos interesados en esa organización particular ni en las personas específicas que encontramos en ellas. En todos los estudios los intereses del investigador abarcan más que un escenario particular y conciernen al tipo general de organización. Si procuramos acceso a una escuela, por ejemplo, deberíamos sugerir que estamos interesados en comprender cómo es *una* escuela, y no en la naturaleza de esa escuela en especial. Podríamos explicar por qué esa organización particular constituye un escenario ideal para la investigación, especialmente si la gente se enorgullece de lo que está haciendo» (Taylor y Bogdan, 1987, p. 43, las cursivas son suyas).

En cualquier caso, es necesario siempre negociar y renegociar continuamente el propio rol dentro del campo. Esto permitirá al observador preservar su objetivo de investigar sin dejarse arrastrar a una participación tal en las actividades cotidianas que le impida ejercer esta función. Esta negociación, que no siempre es explícita, no es sencilla. Hay que comprender, en primer lugar, que los sujetos no tienen necesariamente por qué entender en qué consiste la observación participante ni que, aunque lo comprendan en teoría, sean capaces de hacerla encajar en diferentes momentos de sus vidas. Así, es muy frecuente que el rol del observador se confunda con el de colaborador voluntario (especialmente en instituciones), visitante ocasional, periodista, etc. No siempre es fácil estar continuamente reconduciendo los equívocos, ni evitar desempeñar tareas que, de alguna manera, los sujetos atribuyan al rol que nos han asignado aunque no se correspondan con lo que nosotros entendemos que es el rol de investigador. Como explica Pujadas (2004):

«A més a més, cal tenir present el joc de miralls que es genera entre l'investigador i els subjectes estudiats: nosaltres no som els únics que observem i classifiquem, ells també ho fan i ens observen, volen saber què volem exactament i sovint, les nostres explicacions no són suficients i això genera distància o desconfiança» (Pujadas, 2004, p. 70).

Cada observador suele disponer de sus propias tácticas, coherentes con su personalidad. Muchos autores (Taylor y Bogdan, 1987) suelen recomendar, por ejemplo, actuar como un ingenuo o un ignorante inofensivo, especialmente en los primeros momentos de la observación participante. Presentarse como alguien inofensivo, ignorante de las normas locales, pero sinceramente interesado en aprenderlas, hace que las personas suavicen las barreras, y también

permite que sean comprensivos con los errores del observador y pacientes con sus preguntas: se le consiente, por decirlo así, una cierta torpeza social y que pregunte por cuestiones que pueden ser vistas por las personas como obviedades o, incluso, como claramente absurdas. Mostrarse como alguien ignorante favorece, además, una actitud de ayuda por parte de algunas personas, que se mostrarán dispuestas a enseñar al observador, lo que para este supone una gran fuente de información. García Jorba (2000) explica así esta estrategia y, también las dificultades éticas para manejarla:

«Las intervenciones de Eulàlia durante las entrevistas, centradas en mí las más de las veces, permiten que Jacinta ahonde en su relato. Al fin y al cabo, hay que ayudar a ese muchacho [el autor] que no se entera demasiado. Claro. ¡Qué sabrá él de la Guerra Civil, del hambre que se pasaba, de lo que es llegar por primera vez a una ciudad enorme tras haber pasado toda tu vida entre campos, de añorar a la familia, de buscar a los de tu pueblo en la inmensidad! Detectada la mecánica, decido manifestar con claridad mi sorpresa ante cualquier punto que me parezca oportuno para hacer brotar más palabras, más ideas, más imágenes, más reflexiones. “¿Eso te llamaba la atención?”, “¿Así tratabas a los muchachos?”, “¿Por qué no estaba bien visto?”. A veces pregunto por alguien que ya había muerto, o yerro en cualquier otro aspecto, con la finalidad de verificar información ya conocida, de asentar personas, experiencias, y períodos. Esta táctica me permite reforzar una imagen que trabajo con esmero: la de ingenuo –sospecho que habrá algún testigo que me considere tonto. Complemento esa imagen con una forma dulce, suave, alargada, de hablar, como ellos aprenden a hacer para testificar mejor. Hay momentos en que temo que se haga demasiado evidente mi semejanza con el lobo feroz disfrazado de abuelita. Quiero ser la viva imagen de un nietecito entrañable, y creo que he llegado a parecer algo similar a eso. El único problema es que, ocasionalmente, siento un extraño afecto por Jacinta, una queda vibración a nivel de estómago, que me hace sospechar si, tal vez, haya algo más que mera representación en mi proceder» (García Jorba, 2000, p. 201).

A medida que la investigación avanza y la familiaridad y el conocimiento del contexto y los fenómenos concretos que se investigan mejora, la actitud puede ser más activa y directiva. Puede, incluso, que en algún momento al observador le interese mostrarse ya como un experto o, al menos, un buen conocedor de ciertos aspectos de la vida social del grupo: las personas reconocerán sus conocimientos y facilitarán información menos general y más precisa. Eso sí, es necesario saber cuándo procede actuar así y con quién, para evitar *pasarse de listo*.

Por otra parte, es importante en este proceso que, aunque el investigador trate de adaptarse al contexto y de funcionar en él de la manera más natural posible, no deje de ser él mismo. Se trata, en el fondo, de nuevo, de una cuestión de honestidad: debemos mostrarnos como somos, sin tratar de fingir ser o actuar de una manera que no sea acorde con nuestro modo de comportarnos. Aparte de ser poco ético, el esfuerzo a largo plazo sería excesivo y los cambios generarían desconfianza en los sujetos. Es importante, entonces, no pretender mostrar una extroversión (o al contrario) que no casa con nuestra personalidad, vestir de manera acorde al escenario pero también según nuestro propio estilo, expresarnos en lenguaje natural pero sin tratar de imitar el de los sujetos (al menos hasta que lo dominemos y siempre y cuando no nos exija renunciar a nuestra manera de ser).

Es conocida la anécdota explicada por Whyte sobre su relación con los jóvenes en un barrio. El autor narra que, en un intento de mejorar su integración en el grupo, comenzó a intentar emplear su jerga, incluidas una buena cantidad de palabrotas. Doc, su in-

formante, mostró su desaprobación diciéndole: «Bill, no se supone que seas así. Eso no suena como algo tuyo» (Whyte, 1943, citado en Taylor y Bogdan, 1987, p. 59).

b) Anticiparse a las objeciones

Es habitual que la gente muestre reticencias, más o menos evidentes o graves, a la presencia en su vida cotidiana de un extraño como es el investigador, que, además, da explicaciones vagas sobre su cometido y dice pertenecer a disciplinas poco conocidas (sociología, antropología, relaciones laborales...).

Ya sabemos que es importante que el investigador sepa que esto es normal, que las personas están en su derecho de poner trabas y de pedir explicaciones, no solo al inicio de las relaciones, sino en cualquier momento durante la investigación. Anticiparse y preparar algunas respuestas a las objeciones más comunes suele ser una buena idea. Así, es habitual que las personas aleguen falta de tiempo, necesidad de privacidad (suya o de otros), desconfianza a las instituciones, miedo a no saber dar información adecuada, etc. Preparar respuestas sencillas y claras, al tiempo que honestas, que aseguren el respeto a la intimidad, la confidencialidad de los datos y la escasa intrusión y estorbo a la vida cotidiana, y enfatizen la intención de colaboración y ayuda, darán impresión de seguridad y facilitará las relaciones.

c) Garantizar la confidencialidad

Hemos hablado ya de esto, de manera que solo cabe añadir aquí una precisión importante: cuando hablamos de que se debe siempre preservar la identidad de los informantes y garantizar la confidencialidad de los datos que nos proporcionan, tendemos a pensar que esta obligación se refiere solo hacia la entidad que financia o encarga el estudio y el público lector de nuestros informes o trabajos académicos, pero la confidencialidad debe ir más allá y establecerse también en el propio grupo con el que se trabaja. En ningún caso debe revelarse a una persona del grupo lo que otra nos ha contado, incluso aunque esta información pueda ser más o menos conocida por todos o no se refiera a nada íntimo ni oculto. Se trata, simplemente, de ser discreto. Esto redundará también en mayor confianza por parte de los sujetos.

d) Establecer relaciones sinceras

Lógicamente, el establecimiento de relaciones sociales en el campo será paulatino. En un primer momento, el observador debe centrarse en dar las explicaciones necesarias, familiarizarse con la gente y el contexto. En este momento, suele decirse que la observación no va orientada específicamente a recoger datos sobre las temáticas de elección, sino a definir la posición en el campo e iniciar la construcción de relaciones. Las conversaciones irán dirigidas a dar confianza (especialmente garantizando la confidencialidad de los datos) y a intentar comprender de manera genérica el entorno y las claves para establecer las relaciones. No es, como se puede adivinar, una situación fácil ni cómoda

para el observador. Son muchos los autores que resaltan la incertidumbre y el nerviosismo de las primeras etapas de campo, en las que el objetivo parece más centrado en no destacar demasiado y en *no meter la pata*.

Una estrategia en observación participante para tratar de reducir la sensación de extrañeza, sobre todo en los primeros momentos, consiste en tratar de observar y poner de manifiesto lo que tenemos en común con las personas que nos rodean. Eso sí, debe hacerse de manera natural y sincera: fingir una cercanía que no existe es siempre una mala idea.

Y un rasgo fundamental es la humildad. La apariencia de alguien honesto, humilde, sincero e inofensivo, dispuesto a aprender y a comprender, es la clave para establecer relaciones de campo. Poco a poco, y siempre de acuerdo con las normas de relación social establecidas por el grupo, se irán afianzando las relaciones.

También es fácil darse cuenta de que las relaciones no serán iguales con todo el mundo: con algunas personas llegarán a ser muy cercanas e íntimas, mientras que con otras no se pasará de un plano superficial. También es necesario ser realista, desde el principio, y asumir que no todo el mundo tiene por qué aceptar nuestra presencia en el campo.

La observación participante no es, entonces, como puede imaginarse, una actividad completamente unilateral; la comunicación no va en una única dirección, del informante al investigador, sino que sigue una doble vía en la que los sujetos de investigación muestran su vida, a sí mismos y responden preguntas, pero el investigador también se muestra a sí mismo y es interpelado por los sujetos. Suele decirse, quizá con tintes de romanticismo, que nadie es el mismo antes y después de hacer observación participante (o, más ampliamente, etnografía): la experiencia de contacto directo, prolongado y empático con personas por las que se siente interés y que nos abren su vida cotidiana, necesariamente, deja un poso en el investigador.

e) Prestar atención

Parece una obviedad, pero no lo es. La enorme cantidad de cosas que ocurren durante la observación, la necesidad de observar y también de participar, de crear y mantener relaciones, de colaborar en ciertas tareas, etc., a menudo, sitúa al investigador ante una tarea agotadora en la que, para sobrellevarla, pueda, de manera más o menos consciente, dejarse llevar por la convivencia cotidiana y dejar de observar atentamente, analíticamente. Taylor y Bogdan (1987) explican así la necesidad de concentrar (y entrenar) la atención, hablando del trabajo en la sala de un hospital para pacientes mentales:

«En el estudio institucional, en una gran sala de estar podía haber al mismo tiempo unos 70 residentes y de 1 a 10 empleados. La cantidad de actividades que tenían lugar simultáneamente parecía infinita: varios internados balanceándose en bancos, uno sacándose la ropa, otro orinando en el suelo, dos limpiando heces y orina con balde y trapo de piso, unos cuantos viendo la televisión, tres acostados en el suelo, varios paseándose de aquí para allá, dos abrazándose, dos en camisas de fuerza, un empleado reprendiendo a un internado, otros dos empleados leyendo el diario, otro empleado preparándose para distribuir tranquilizantes y drogas de control, etcétera, etcétera. Cuando entro por primera vez en la sala, el observador trató de abarcar un cuadro en ángulo amplio durante unos minutos, advirtiendo las diversas actividades que tenían lugar. Pero a continuación cambió el foco, concentrándose en una actividad única, en una esquina de la sala, ignorando todo lo demás. Eligiendo una actividad específica por vez, posteriormente pudo reconstruir mucho de lo que había ocurrido en ese momento» (Taylor y Bogdan, 1987, pp. 76-77).

f) Evitar las ideas preconcebidas, los propios estereotipos y prejuicios

Aunque, inevitablemente, todos tenemos una manera de ver la vida, unos valores éticos o ideología, al observador participante cabe exigirle, como observador profesional que es, que sea capaz de dejar de lado sus propios posicionamientos sobre los fenómenos, las posibles ideas preconcebidas sobre ellos, los estereotipos, y, más aún, los prejuicios. Ya Malinowski (2001 [1922]) lo explicaba así:

«Tener una buena preparación teórica y estar al tanto de los datos más recientes no es lo mismo que estar cargado de “ideas preconcebidas”. Si alguien emprende una expedición, decidido a probar determinadas hipótesis, y es incapaz de cambiar en cualquier momento sus puntos de vista y de desecharlos de buena gana bajo el peso de las evidencias, no hace falta decir que su trabajo no tendrá ningún valor. Cuantos más problemas se plantee sobre la marcha, cuanto más se acostumbre a amoldar sus teorías a los hechos y a ver los datos como capaces de configurar una teoría, mejor equipado estará para su trabajo. Las ideas preconcebidas son perniciosas en todo trabajo científico, pero las conjeturas son el don principal de un pensador científico y tales conjeturas le son posibles al observador solo gracias a sus estudios teóricos» (Malinowski, 2001, p. 50).

g) Estar atento a los propios sentimientos y a una excesiva implicación personal

Hemos hablado ya del impacto que el investigador puede tener en el grupo con el que trabaja y, también, de que la observación participante imprime una huella en el propio investigador. No puede negarse que en el contexto de la observación participante, la interacción cotidiana, estrecha y prolongada con los sujetos, el acceso a esferas a veces íntimas o delicadas de su vida, puede llevar al investigador a una implicación emocional a menudo intensa con las personas con las que trabaja. En tanto que ser humano, no debería sorprendernos; en tanto que investigador, a menudo interesado en fenómenos relacionados con la exclusión social o la situación vital de grupos desfavorecidos, tampoco. En palabras de Taylor y Bogdan, «algunos escenarios ofenden a tal punto la sensibilidad humana del investigador que resulta imposible permanecer despegado y desapasionado» (Taylor y Bogdan, 1987, p. 37). Pujadas (2004) también lo señala:

«Indubtablement, doncs, l'experiència etnogràfica, en general, i la particular, vinculada a l'observació participant, pressuposen l'establiment de vincles personals i emocionals entre observadors i observats, entre els investigadors i els actors socials. No es pot pretendre evitar –ni és possible fer-ho– l'establiment d'una relació d'empatia entre l'investigador de camp i aquells éssers humans que formen part de la situació etnogràfica que es vol descriure, en primer lloc, per a analitzar-la i interpretar-la després.

Els mateixos sentiments formen part de la realitat quotidiana de les persones, i aquesta dimensió 'calenta', vivencial, del treball de camp és una dimensió consubstancial de l'experiència els etnògrafs. Lògicament, també aquesta implicació personal amb els subjectes de l'anàlisi de camp pot ser de signe negatiu» (Pujadas, 2004, pp. 75-76).

Sin embargo, en algunos momentos puede darse una situación más extrema, en la que la identificación e implicación del investigador con los sujetos lleve a afectar negativamente a su mirada científica. Es necesario estar alerta respecto a esta situación, denominada en la bibliografía *rapport* excesivo, por el riesgo que implica de *cruzar fronteras*, dejar de actuar como un investigador y pasar a hacerlo como un amigo, un miembro del grupo o un activista. Ser cualquiera de esas cosas no es malo en sí mismo; confundir los roles, sí.

García Jorba (2000) incide en estas cuestiones:

«El carácter personal de la experiencia etnográfica es un rasgo conocido y reconocido en los ambientes académicos. La investigación de campo suele ser asunto de una sola investigadora. Es una experiencia solitaria en compañía de otros seres humanos. La socióloga o antropóloga acude a su lugar de estudio e inicia el proceso de interacción con las personas que le transmitirán –en el mejor de los casos– la información que desea conseguir. Solo él, o ella, *está allí*, y en *aquel preciso momento*. Nadie puede ver ni oír, exactamente, lo que el investigador/a podrá ver y oír. Es un testigo exclusivo en un área de análisis donde las transformaciones y la inestabilidad están a la orden del día. Sociedades y culturas son realidades rebeldes al estatismo, aunque el ritmo e intensidad que manifiesta esa tendencia sea un factor de diferenciación entre ellas. La convergencia entre trabajo solitario y realidad en transformación otorga singularidad al estudio de campo con métodos de observación (participante o no). El investigador se convierte en mediador entre dos mundos. Su experiencia es la garante mayor de su fiabilidad, pero al mismo tiempo se convierte en su punto débil (Geertz, 1989). La influencia de la subjetividad, de la distorsión valorativa, el error apreciativo, constituyen terreno fértil para desarrollar la sospecha. Mejorar y ensayar con métodos de observación y registro *objetivos* (Margaret Mead, 1975) emerge como un factor de control y fiabilidad. En este contexto, el recurso a la anotación sistemática, pautada, y estandarizada, de lo observado y sentido se convierte en una opción de control del desarrollo de la investigación y del papel desempeñado por el/la investigador mismo» (García Jorba, 2000, p. 17, las cursivas son suyas).

h) Ser activo pero no intrusivo

La observación participante no es, ni mucho menos, una actividad pasiva. El observador debe moverse por los diferentes escenarios en los que tiene lugar la vida social, relacionarse con personas muy diversas y en grados muy distintos, mostrar interés, escuchar activamente, colaborar, participar de las actividades cotidianas, ayudar...

No obstante, durante todo el trabajo de campo, pero especialmente en los primeros momentos, mientras se afianzan las relaciones, es importante intentar que nuestra presencia sea lo menos intrusiva posible. Y esto para respetar el curso de la vida cotidiana y las actividades de los sujetos, pero también porque, a menudo, en el contexto de la observación participante surgen situaciones delicadas o incómodas, tensiones o incluso conflictos abiertos, a veces serios. Mantenerse en un rol flexible y adaptable a las circunstancias que van

surgiendo, evitar y gestionar los conflictos cuando se den, no ser invasivo ni inmiscuirse en aspectos de la vida íntima de las personas que son ajenos a los intereses de la investigación, es un aprendizaje no siempre sencillo pero importante a lo largo de la vida profesional de un observador participante.

Por todo ello, también se aconseja que las primeras etapas en el campo de la observación sean acotadas en el tiempo. Es necesario tener en cuenta, además, que el volumen de información completamente nueva que se recibe en los primeros momentos es enorme, de manera que es necesario dosificarse para familiarizarse poco a poco con el entorno y tener, también, la garantía de que estaremos en condiciones de registrar todo lo ocurrido.

i) Ser paciente

Sin que entre en contradicción con lo anterior, uno de los rasgos que debe caracterizar al observador participante es la paciencia. La ausencia de prisa, el respeto al fluir natural de los fenómenos, a los tiempos de la vida cotidiana y las necesidades en cuanto a la confianza de las personas son claves para que el investigador cumpla con las premisas, ya reiteradamente mencionadas, de establecer relaciones sinceras y empáticas y observar los fenómenos en el contexto y en el momento en el que surgen.

Los diarios de campo de los antropólogos están llenos de descripciones sobre el aburrimiento, la lentitud del paso del tiempo, la sensación de que no pasa nada, el desánimo... El propio Malinowski (2001 [1922]) lo registraba así:

«Recuerdo muy bien las largas visitas que rendí a los poblados durante las primeras semanas, y el descorazonamiento y la desesperanza que sentía después de haber fallado rotundamente en los muchos intentos, obstinados pero inútiles, de entrar en contacto con los indígenas o de hacerme con algún material. Tuve períodos de tal desaliento que me encerré a leer novelas como un hombre pueda darse a la bebida en el paroxismo de la depresión y el aburrimiento del trópico» (Malinowski, 2001, pp. 42-43).

Combinar, entonces, la participación y la atención activa con la paciencia y la prudencia puede parecer más un rompecabezas que una actitud científica, pero, para la observación participante, la clave está precisamente en el equilibrio de estas actitudes. No es sencillo, pero se puede aprender y mejorar constantemente.

j) Mantener actitudes de reconocimiento, reciprocidad y ayuda hacia los informantes

Finalmente, es importante destacar la necesidad de establecer no solo relaciones empáticas, sino de hacerlas evidentes y reforzarlas continuamente. Estas actitudes van desde el simple (¡simple!) reconocimiento hacia la persona que nos ayuda en el campo (dándonos acceso, información, proporcionando contactos...), mostrando interés por esa persona, por sus circunstancias vitales, acomodándonos a sus rutinas, respetando su manera de hacer las cosas, resaltando sus logros..., hasta la realización de pequeñas tareas de ayuda (que adquieran sentido en las circunstancias del campo) o pequeños obsequios (no tanto por su valor económico como por lo que tienen de muestra de aprecio).

En palabras de Guasch (2002):

«Para conseguir que en escenarios cargados de tensión se mantenga el mayor grado posible de confianza y colaboración, quien investiga debe realizar una inversión previa de reciprocidad e intercambio con los informantes. Hay diversas estrategias para conseguirlo. Pero en general estas se parecen a las que acontecen usualmente en la vida cotidiana. Se trata de mostrar interés por la otra persona y ocuparse de ella (hacerle favores) cuando ello sea preciso» (Guasch, 2002, p. 43).

El pago, monetario o en especies, está desaconsejado por la mayor parte de los autores, salvo casos muy concretos, puesto que modifica, sesgándola, la naturaleza de la relación, poniendo en duda la confiabilidad de los datos.

A este conjunto de actitudes orientadas a la construcción de relaciones empáticas, sinceras y regladas por el reconocimiento y reciprocidad que permiten que las personas nos den acceso de manera franca a sus vidas (y, con ello, a la información que necesitamos) se le suele denominar, en argot, *rapport*. No parece necesario señalar que es algo difícil de conseguir y siempre frágil. Pujadas (2004) lo expresa así:

«Però, al mateix temps, cal comptar amb els altres, amb els habitants del lloc que volem estudiar. No totes les persones es mostraran sol·lícites davant la nostra actitud irrefrenable de ficar el nas pertot arreu i no para de fer preguntes. Sovint tindrem la sensació que, malgrat que ens atorguin un tracte cortès i sovint obert i desinhibit, hi ha coses que no es diuen o no es fan en la nostra presència. Ens sentirem estranys, o, millor dit, constatarem que som uns estranys, per molts esforços que fem per a propiciar una integració que, si arriba, es produeix després de molt de temps» (Pujadas, 2004, p. 70).

2.6.4. Elección de las temáticas: qué y cómo observar

Como no podría ser de otra manera tratándose de una técnica cualitativa, la observación participante responde a un modelo de aplicación flexible, adaptado a las circunstancias de la investigación. Es habitual, sobre todo al inicio del trabajo de campo en un tema, que el observador mantenga una actitud de foco amplio en lo que se refiere a los escenarios, sujetos y situaciones que observa y, a medida que mejoran sus conocimientos y su comodidad en el campo, vaya siendo capaz de centrar cada vez más su observación en los temas centrales para la investigación, aunque, siempre, sin perder de vista el contexto. Usando un símil audiovisual, la clave estará en *abrir y cerrar el foco* de la observación

Tareas de ayuda

Estas tareas de ayuda pueden ser enormemente variadas en función del contexto y de las circunstancias concretas. En entornos domésticos, puede ser colaborar con las tareas cotidianas como ir a la compra, recoger a los niños... También, ayudar a contactar con un servicio público, a rellenar solicitudes, a obtener información... En entornos laborales, coger el teléfono, hacer fotocopias, preparar una sala para una reunión... En realidad, cualquier tarea que nos implique en la vida de las personas, que nos haga cercanos sin ser intrusivos, que nos ayude a participar de su mundo sin separarnos de nuestras tareas de investigación.

Los obsequios

Lo de los obsequios es, a menudo, difícil de delimitar, puesto que tiene que tratarse de regalos que no se caractericen por su valor económico (lo que podría confundirse con un pago o un soborno y alterar la relación), sino por su valor simbólico. Deben ser una muestra de aprecio, de agradecimiento y nunca un pago.

según las necesidades: a veces, interesa tener presente el contexto amplio en el que ocurren las cosas; otras, atender a pequeños detalles... Se trata, además, de un ejercicio que permite controlar la atención y evitar dispersiones.

Lo importante, ya lo sabemos, es que el observador, primero, intente entrar en el campo sin ideas preconcebidas. Veamos la importancia de esta cuestión en palabras de Taylor y Bogdan:

«Uno de los autores de este libro participó en un proyecto de investigación a gran escala que destacaba los peligros de comenzar un estudio con un diseño investigativo rígido. El diseño de la investigación de este estudio giraba en torno a la distinción entre familias de uno o dos progenitores, una diferenciación común en la investigación en ciencia social. Tanto el muestreo como los procedimientos analíticos fueron diseñados en torno de esta distinción. No obstante, cuando los investigadores de campo entraron en los hogares descubrieron que la diferenciación entre familias de uno o dos progenitores representa una simplificación grosera de la situación de vida de las familias actuales. Por ejemplo, en “familias con dos progenitores” hallaron parejas en las que uno de los cónyuges no asumía ninguna responsabilidad respecto de los hijos, y otras en las que el esposo que trataba de cumplir con el rol parental se ausentaba del hogar durante semanas. En familias de “un progenitor” encontraron parejas convivientes en las que el no progenitor compartía en términos de igualdad las responsabilidades por los hijos; parejas divorciadas que habían vuelto a unirse, a veces de modo permanente y otras por una sola noche; parejas convivientes en las que el no progenitor ignoraba a los niños, y una multitud de otras relaciones. Además, los investigadores de campo aprendieron que vivir juntos (tanto para parejas casadas como no casadas) puede ser una situación fluida; las circunstancias de la vida cambian regularmente. Complicando aún más el estudio, algunas familias, especialmente las que recibían subsidio público, trataron de ocultar su situación de vida a los investigadores» (Taylor y Bogdan, 1987, pp. 32-33).

Aunque treinta años después de publicado este libro la situación que describe nos resulta tan familiar que difícilmente cometeríamos ese error, nos sirve para ilustrar la necesidad de adaptar el diseño a la realidad y no al revés.

Una vez en la tarea de observación, el observador debe tratar de acceder a los conceptos que le interesan atendiendo a la significación que él mismo les atribuye y, muy especialmente, a la que elaboran los protagonistas de los fenómenos. Según Guasch (2002):

«Uno de los objetivos centrales de la investigación que aplica la observación participante es definir conceptos clave desde el punto de vista de los actores implicados en la realidad social que se estudia. La perspectiva de las personas ajenas suele estar categorizada social y culturalmente por lo que, en general, es relevante comprender el modo en que los *miembros* se ven a sí mismos. Con frecuencia sucede que las personas *ajenas* definen la realidad social de manera simple y cartesiana y que los *miembros* de esa misma realidad elaboran definiciones más complejas y matizadas. Los conceptos relevantes que se obtienen del empleo de la observación participante tienen que ver con el sentido con que los miembros los emplean en la vida cotidiana. Se trata, en suma, de conceptos definidos de forma etnometodológica» (Guasch, 2002, p. 36, las cursivas son suyas).

Suele decirse que, al principio, en realidad, el observador *lo mira todo pero no ve nada*: mira, pero no necesariamente sabe qué ve ni lo comprende. La capacidad de observación puede entrenarse, aunque sea también fundamental la buena formación teórica. En palabras de García Jorba (2000):

«[Observar] permite reconocer el ambiente, el entorno en el que se desenvuelve el sociólogo o antropólogo, para orientar su interacción con las personas. Llegado el caso, facilita el acceso a los indicadores de aquellas variables que contempla significativas. Como sucede con tantas otras habilidades, se aprende a observar. Los rudimentos de ese aprendizaje pueden esbozarse en sesiones teóricas o libros de metodología, pero el aprendizaje se realiza en la práctica. Es intransferible, entre otras cosas, porque depende de qué se quiere averiguar. Aprender a observar no se puede disociar de conocer lo que se quiere descubrir» (García Jorba, 2000, p. 107).

Es necesario, entonces, aprender a estar atentos a una gran multiplicidad de situaciones y claves sociales:

- Detalles de la vida cotidiana, los pequeños y los grandes.
- Fenómenos cotidianos, rutinarios, que pueden incluso ser inconscientes para los propios actores.
- Fenómenos poco frecuentes o imprevistos y los hechos que los desencadenan.
- Aspectos destacados de interés para la investigación y el contexto amplio en el que tienen lugar.
- Comportamientos de los sujetos, cotidianos pero también excepcionales y sus explicaciones sobre ellos.
- Las reglas sociales de conducta en los distintos escenarios y situaciones.
- El idioma, la jerga y las expresiones propias de cada situación y cada grupo o segmento social.

Malinowski (2001 [1922]) lo explicaba así:

«De hecho, si recordamos que estos imponderables, ya de por sí importantes como hechos de la vida real, son parte de la verdadera sustancia del edificio social y sujetan los innumerables hilos mantenedores de la cohesión familiar, del clan y de la comunidad de la aldea –la tribu–, su significación aparece clara. Los más sólidos vínculos del grupo social, ya sean determinados ritos, los deberes económicos y legales, las obligaciones, los regalos ceremoniales o las muestras de respeto, aunque igualmente importantes para el investigador, en realidad, son percibidos con menos intensidad por el individuo que los cumple. Apliquémonos esto a nosotros mismos: todos sabemos lo que la “vida en familia” significa, en primer lugar y ante todo la atmósfera hogareña, los innumerables pequeños detalles y atenciones con que se demuestra afecto, el mutuo interés, las pequeñas preferencias y las pequeñas antipatías que constituyen la intimidad. Que podamos heredar de tal persona, que tengamos que ir al entierro de tal otra, estos son los hechos que sociológicamente conforman la definición de “familia” y de “vida en familia”; pero desde la perspectiva personal de lo que la familia verdaderamente representa para nosotros, quedan en general muy relegados a un segundo término» (Malinowski, 2001, pp. 67-68).

En definitiva, el observador tiene que tratar de *estar ahí* y estar, además, *en el lugar oportuno en el momento oportuno*. San Román (2009) nos insiste, precisamente, en esto y en el valor de la observación participante para alcanzar una comprensión profunda del grupo con el que se trabaja:

«Los etnógrafos y las etnógrafas acostumbramos a pasar un tiempo largo entre la gente y en sus espacios y situaciones más diversas, para permitirnos observar no solo lo cotidiano y momentáneo sino lo infrecuente y los procesos y así poder localizar fenómenos, percibir datos sobre ellos en detalle, apreciar lo repetitivo y lo inusual, las variaciones y transgresiones. Entendemos así que una buena etnografía empieza, entre otras cosas, por haber obtenido una gran cantidad y variedad de información etnográfica, que se va articulando críticamente en una propuesta de conocimiento de la población a través de diversas situaciones y personas y a lo largo de un periodo de tiempo suficiente para poder confiar en ella» (San Román, 2009, p. 244).

En cuanto al cómo observar, pueden señalarse también algunas claves. Suele decirse que es necesario, en la observación participante, que el observador se mueva en un juego continuo entre la visión desde dentro y desde fuera. Es decir, debe intentar ver las cosas como un *nativo*, tal y como las percibe y las dota de significación un miembro del grupo estudiado y, al mismo tiempo, hacer un esfuerzo intelectual y metodológico de *extrañamiento*, de enfrentarse a los fenómenos sociales con ojos de un *extranjero* que los ve por primera vez y trata de entenderlos, desde fuera. En palabras de Wilcox (refiriéndose, en su caso, a la etnografía en contexto escolar):

«Es un proceso continuado de investigación en el que hay que seguir ciertas normas antropológicas. Primera, intentar dejar a un lado las propias preconcepciones o estereotipos sobre lo que está ocurriendo y explorar el ámbito tal y como los participantes lo ven y lo construyen. Segunda, intentar convertir en extraño lo que es familiar, darse cuenta de que tanto el investigador como los participantes dan muchas cosas por supuestas, de que eso que parece común es sin embargo extraordinario, y cuestionarse por qué existe o se lleva a cabo de esa forma, o por qué no es de otra manera (Erickson, 1973; Spindler y Spindler, 1982). Tercera, asumir que para comprender por qué las cosas ocurren así, se deben observar las relaciones existentes entre el ámbito y su contexto, por ejemplo, entre el aula y la escuela como un todo, incluyendo la comunidad, la comunidad a la que pertenece el profesor, la economía, etc. Siempre se debe realizar un juicio sobre el contexto relevante y se debe explorar el carácter de este contexto hasta donde los recursos lo permitan. Cuarta, utilizar el conocimiento que uno tenga de la teoría social para guiar e informar las propias observaciones» (Wilcox, 1993, pp. 96-97).

Jociles (1999) cita este mismo fragmento de Wilcox para insistir en la importancia de esa actitud de extrañamiento que estaría, asegura, inserta en la necesidad de los primeros antropólogos de entender sociedades muy lejanas desde el punto de vista cultural. Veámoslo:

«[...] estoy convencida de que, al menos las dos primeras normas de Wilcox (que, por los motivos anteriores, prefiero llamar principios: el de intentar dejar a un lado las propias preconcepciones y el de convertir en extraño lo familiar), se han gestado gracias, entre otras cosas, al hecho de que los primeros antropólogos empíricos estudiaran en sociedades que exhibían una cualidad que François Jullien (1988, p. 118) califica –como he indicado en otro lugar– de “alteridad”, esto es, una “extrañeza” tan radical que les resultaba claro que no podían dar nada por sabido, que no podían dar por supuesto ningún marco común de interpretación, a no ser que impusieran ingenuamente el suyo como medida. En suma, se encontraron –como recuerda Nadel (1974/1951)– con que tenían que formular preguntas nuevas cuando otros estudiosos de la sociedad podían limitarse a pedir respuestas a las preguntas habituales; con que debían formar sus propias categorías al no disponer de categorías ya establecidas en las que sus datos se acomodaran sin resistencia; con que debían empezar por suspender sus presupuestos previos, inservibles en tales circunstancias, para captar los marcos de significado a los que acudían los sujetos investigados para dar sentido a sus acciones. Este interés por el punto de vista de los “nativos”, originado probablemente en esas exigencias impuestas por las investigaciones en sociedades “exóticas”, es el que, en ausencia de las mismas, ha conducido a que la antropología haya abogado por el “extrañamiento” de los objetos estudiados en las sociedades o en los grupos que nos resultan “familiares”» (Jociles, 1999, p. 7).

También García Jorba señala esta necesidad, resaltando la utilidad de llevar un diario de campo (sobre el que hablaremos más adelante) para controlar la actitud del investigador durante su estancia en el campo:

«La subjetividad es un rasgo que se halla presente en toda acción cognitiva. Su incidencia es mayor en las investigaciones cualitativas. En ese contexto, es útil si se la concibe como algo más que un núcleo de energía emocional. Puede facilitar el desarrollo de la empatía, de la *verstehen* weberiana, en especial si se muestra entrenada en el ejercicio de la flexibilidad. Comprender las vivencias de otras personas se consigue poniéndose en el lugar del otro. Ponerse en el lugar de otro es diferente de llegar a ser *el otro*. Es una actividad que incorpora elementos de proyección y de introspección. Pero ese ejercicio conlleva también distanciamiento. Es necesario adquirir distancia crítica y afectiva para entender y pensar sobre la vida de otras personas, sobre las condiciones y estructuras que la configuran. Es un logro que depende de la adopción de una perspectiva dinámica sobre la realidad. Si ese es el objetivo que persigue un investigador/a, redactar un *diario de campo* puede ser de utilidad» (García Jorba, 2000, p. 24, las cursivas son suyas).

Por otra parte, ya sabemos que es necesario no olvidar que el investigador debe estar siempre atento al papel que su presencia juega en la conducta de las personas. Ante extraños, todos tratamos de mostrar la mejor faceta de nuestra vida y de nosotros mismos y tendemos a evitar, más o menos conscientemente, que se vean nuestras dificultades o puntos débiles. Es algo con lo que el observador experimentado está familiarizado y que debe tratar de manejar para evitar el sesgo en sus datos. De nuevo, la paciencia, el respeto y la empatía, junto con el tiempo, ayudarán a que las relaciones se estrechen y la confianza haga más naturales las conductas.

Finalmente, cabe señalar que es importante que el investigador, a través de diferentes informantes, en diferentes escenarios y situaciones, vaya contrastando la información que va obteniendo y pidiendo aclaraciones sobre lo que observa. Respecto a en qué medida, por ejemplo, se deben formular preguntas, pedir aclaraciones, etc., en el contexto de una observación participante, se ha escrito mucho. En general, es recomendable formular pocas preguntas y dejar que los acontecimientos vayan surgiendo. En los primeros momentos, las preguntas deben ser generales, orientadas a familiarizarse con el entorno y a generar confianza. El tipo de información obtenida será también genérica, lo que no es sinónimo, ni mucho menos, de falta de calidad. Esa información general permitirá al investigador ir comprendiendo el funcionamiento del sistema social, las claves de las relaciones, etc., y, también y sobre todo, ir viendo las diferentes perspectivas de los sujetos y las vertientes o factores asociados a los temas que les interesan. A medida que avanza la investigación, las preguntas pueden ser ya más concretas e incisivas.

Aunque nos detendremos más en estas cuestiones al hablar de la técnica de entrevistas en profundidad en otro módulo de esta asignatura, merece la pena apuntar ya aquí que es muy importante saber cómo preguntar y, más aun, qué no debe preguntarse y a quién. La formulación de las preguntas, sobre todo en las fases iniciales, nunca debe hacer sentir al sujeto que se le cuestiona, se le

Preguntas para los primeros momentos

En estos primeros momentos, son útiles preguntas o peticiones del tipo: ¿puedes explicarme en qué consiste tu trabajo?, ¿cómo va todo por aquí?, ¿le interrumpo?

Ved también

La técnica de entrevistas en profundidad se trata en el módulo «La entrevista y la historia de vida».

evalúa o que pretendemos acceder a esferas a las que no nos ha dado acceso. Hay, también, algunos temas que no se pueden explorar de manera directa y que no pueden sacarse a relucir delante de cualquiera.

Recordar todo esto después de jornadas largas o más o menos intensas de observación participante no será sencillo y requiere, por parte del observador, un esfuerzo de concentración durante el proceso y memorístico después de él que, por suerte, puede aprenderse y entrenarse.

2.6.5. Selección de informantes

En el contexto de la observación participante, el investigador establecerá relaciones (de diferente nivel) con sujetos muy diversos (en número y perfil), que le proporcionarán información diversa. A estos sujetos se les denomina *informantes*.

Aunque el número de individuos con los que se puede llegar a establecer una relación durante una investigación con observación participante puede llegar a ser muy amplio, lo habitual es que la relación con alguno de ellos sea más estrecha que con otros y que alguno(s) de ellos proporcionen más y mejor información sobre uno o varios temas. A estos sujetos que proporcionan una información diferencial (en cantidad y/o calidad) se les llama *informantes clave*.

Guasch explica la enorme importancia de la selección adecuada de informantes en los siguientes términos:

«Son los (y las) informantes quienes aportan las claves que permiten entender el sentido de la actuación de los observados. Es con los informantes con quienes hay que desarrollar lazos de confianza y cooperación. Los informantes (o mejor: los interlocutores) actúan como guías que permiten a quien investiga moverse en un ámbito social desconocido. Para que quien explora la realidad social llegue a su destino deseado, es preciso que la relación con los guías se base en la colaboración, la confianza y el respeto mutuo. Algo que si ya es complicado conseguir en la vida cotidiana, más difícil resulta de lograr en una investigación» (Guasch, 2002, p. 43).

Seleccionar a estos sujetos es, entonces, una tarea delicada que tiene una enorme relevancia para la investigación. No debe olvidarse que el perfil de estos informantes y, por tanto, el tipo de información al que permiten acceder (y, al contrario, la que no puede obtenerse a través de ellos) introducirán sesgos en los datos obtenidos que deberán siempre tenerse presentes.

Hemos visto ya, aunque conviene recordarlo, que, a menudo el inicio de la observación participante se hace de la mano de un portero, alguien que facilita la entrada y acoge en el grupo al investigador. Estos porteros son informantes importantes, tanto por los datos que proporcionan por sí mismos como por el acceso a otros. Sin embargo, ya hemos visto también que es necesario que el observador sea prudente en la elección de estos porteros: hay que ser consciente de que, aunque pueda tratarse de personas reconocidas en su comunidad, esto no siempre es así (y pueden ser, en realidad, individuos marginales que pueden buscar, a través del investigador, mejorar su posición social). Y,

aun cuando no sea así, no podemos pretender que todo el mundo nos dé acceso a todos los escenarios y personas involucradas en las situaciones que investigamos. Un informante, por valioso que sea, mantendrá mejores y peores relaciones con los miembros de su comunidad, tendrá franqueado el acceso a unos escenarios y vetado o complejo el acceso a otros, nos proporcionará información de calidad sobre algunas cuestiones pero no sobre otras.

Merece la pena, una vez más, hacer referencia al trabajo de Whyte y a su relación con Doc, el informante clave que le acogió. Whyte explica así cómo Doc le explicó cuál sería su tarea:

«Dígame qué es lo que quiere ver, y yo me ocuparé de arreglarlo. Cuando quiera alguna información, yo preguntaré y usted escuche. Cuando quiera conocer la filosofía de vida de ellos, yo iniciaré una discusión para que surja y usted se entere. Si hay alguna cosa que quiere conseguir, haré teatro para usted. No tendrá ningún problema; viene como amigo mío...» (Whyte, 1943, citado en Taylor y Bogdan, 1987, p. 61).

Se trata, como puede verse, de un informante y portero de lujo. No es habitual encontrar individuos tan bien dispuestos y tan conocedores de las estrategias para conseguir información. Ante estas circunstancias conviene, sin embargo, volvemos a insistir, estar atentos ante los intentos de monopolización o manipulación.

A menudo, en el contexto de la observación participante, el investigador establece relaciones muy cercanas con informantes clave, de los que obtiene buena parte de la información, pero no por ello se deben descuidar las relaciones con otras personas que quizá no dispongan de una posición reconocida en el grupo, ni de datos sobre muchos temas, pero sí pueden proporcionar información a veces muy concreta y muy específica sobre cuestiones relevantes. Cultivar la relación con estas personas es un aspecto importante de la observación.

Y, es más, incluso los individuos más distantes, reticentes o más claramente contrarios a la presencia del observador en el campo suelen serlo *por algo*, de manera que se convierten, precisamente por este motivo, en informantes valiosos que pueden proporcionar perspectivas interesantes e información relevante. La clave con el tipo de sujetos más distantes es, primero, intentar que la situación no empeore: un informante inicialmente reticente puede convertirse en claramente hostil o incluso en un saboteador de la observación cuando la relación no se maneja con cuidado. Habitualmente, al cabo del tiempo, solemos disponer de las claves que nos ayudan a interpretar correctamente los motivos de las reticencias y podemos iniciar un cierto acercamiento. Y, a menudo, también, los sujetos se ablandan y resultan más accesibles. Aunque esto no siempre ocurre: como vimos en el apartado de limitaciones de la técnica, hay ciertas circunstancias relativas al observador o a las circunstancias de la observación que actúan como factores limitantes en las relaciones.

En cualquier caso, la actitud del investigador debe ser siempre la de ir seleccionando de manera paulatina perfiles de informantes heterogéneos, que representen bien la pluralidad de situaciones y de temas o cuestiones que se investigan, de manera que se asegure de obtener una información rica y variada que abarque adecuadamente la diversidad de variables implicadas en los temas de estudio.

2.6.6. Salida del campo

Toda observación participante llega, en algún momento, a su fin. Sin embargo, no siempre resulta sencillo establecer cuándo ha llegado este momento. A veces, las limitaciones de tiempo y presupuesto lo marcan de una manera clara, pero, otras, sobre todo en trabajos académicos sin fecha de entrega, los límites de tiempo no son tan estrictos ni están tan delimitados. De hecho, cuando la investigación está resultando fructífera y las relaciones son empáticas, cerrar la observación puede resultar emocionalmente difícil para todos los implicados. Preparar adecuadamente esta salida es, por tanto, una labor importante del observador participante.

Para hacerlo, suele ser aconsejable hacer pausas en algunos momentos, retirándose temporalmente del campo, por períodos breves, y volviendo luego de nuevo. Estas pausas pueden establecerse, por ejemplo:

- Cuando el observador tenga la sensación de estar demasiado fatigado o haber perdido la perspectiva.
- Cuando el volumen de datos sea tal que haga necesario una parada para analizarlos con detenimiento, antes de continuar la observación.
- Cuando resulta difícil obtener información relacionada con los objetivos del trabajo: una pausa en la observación para sumergirse en los datos puede ayudar a reorientar el diseño.
- Cuando las relaciones se han vuelto tensas por algún acontecimiento y es aconsejable dejar pasar un tiempo antes de continuar.

Ahora bien, tanto si se trata de salidas temporales como de la definitiva, es necesario:

- Planificar la salida, teniendo en cuenta el diseño de la investigación y el momento del trabajo de campo en el que se encuentra.
- Informar con antelación a los informantes, especialmente, pero no solo, a los que consideramos informantes clave y a los que han dado acceso.
- Informar de si la salida será temporal o definitiva.
- Dejar, siempre, la puerta abierta a volver, bien para continuar la investigación bien como forma de cortesía. Y, si se ha prometido que se haría, hacerlo. No es raro que la salida del campo provoque sentimientos negativos en los sujetos, que pueden sentirse utilizados o abandonados. Es importante, desde el punto de vista humano y de la ética en investigación, cuidar las formas para evitar esto en la medida de lo posible.

- Asegurar de nuevo la confidencialidad de los datos, agradecer la colaboración y facilitar una forma de contacto si es necesario.
- Asegurar que, siempre, se volverá al campo para realizar una adecuada *devolución* de la colaboración. Hablaremos de esto más adelante.

En general, se debe dar por terminada la observación participante cuando, por algún motivo, resulte imposible continuarla e, idealmente, solo cuando se haya llegado a la saturación, es decir, cuando el observador ha llegado al convencimiento de que continuar, aunque se sigan diversificando escenarios, situaciones y personas, no añadirá información nueva relevante sobre el tema concreto que se estudia.

2.6.7. Registro de la información

Existen diversos instrumentos que permiten registrar fielmente la información recogida en el curso de la observación participante, aunque el más importante y característico es el diario de campo.

1) Diario de campo

El diario de campo es un instrumento fundamental para el observador participante y para el científico social en general. En él, el observador debe recoger información detallada sobre el desarrollo de la técnica, que pueda ser codificada y posteriormente analizada.

El diario de campo debe recoger de manera detallada (Guasch, 2002; Taylor y Bogdan, 1987):

a) Tiempo y lugar de las observaciones: el relato de cada observación debe comenzar siempre recogiendo el lugar concreto al que se refiere, el día y hora de comienzo y de final de la observación y del momento en el que suceden los fenómenos. También, de manera resumida, en unas pocas líneas, las circunstancias concretas de la observación. Algunos autores aconsejan también poner un encabezamiento, palabra clave o título a cada sesión de observación porque facilita el análisis posterior.

b) Características de los escenarios: es necesaria una descripción detallada de cada escenario, sobre todo la primera vez que se accede a él y cada vez que se estima que se han producido cambios. La descripción se refiere a la localización del lugar, tamaño, disposición general, formas de acceso, mobiliario, etc. Puede ser muy útil, además del texto escrito, realizar dibujos, croquis o mapas de los escenarios concretos de observación. De esta forma, se puede documentar la localización de los lugares, la disposición de objetos y personas, los diferentes usos de los espacios y las personas y circunstancias implicadas,

las persistencias, las variaciones, etc. En algunos casos, puede ser muy importante marcar los desplazamientos de las personas o la ubicación concreta del investigador cuando hizo una observación determinada.

Ejemplo: diario de campo de Bogdan

Por ejemplo, Taylor y Bogdan (1987) recogen en su libro fragmentos de diario de campo de una investigación de Bogdan (1972) en escuelas estatales para personas con discapacidad psíquica. Incluye el esquema de una sala, bastante detallado, aunque especifica que no era la primera vez que la describía y, por tanto, había omitido datos que sí recogía en una descripción anterior:

Figura 1. Ejemplo de un diario de campo

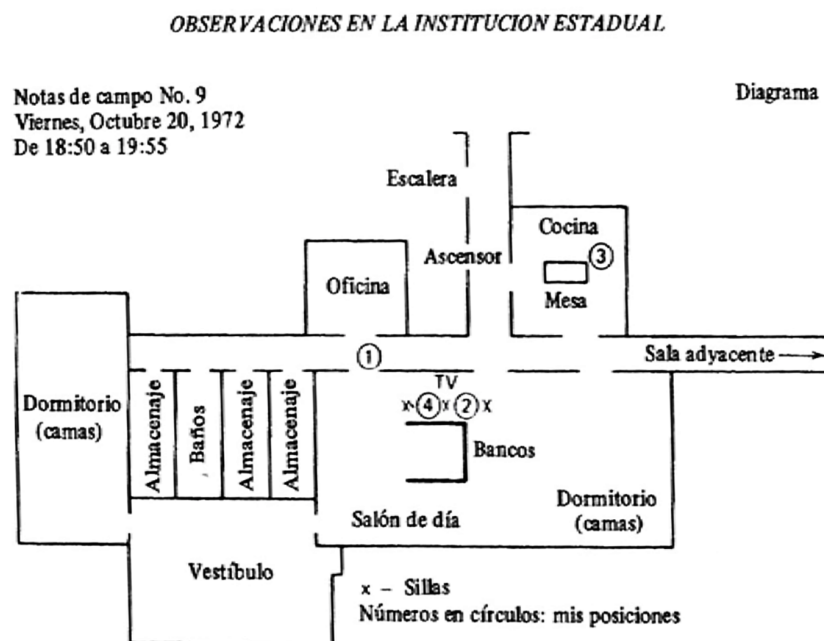


Figura A. Un plano de la sala de la institución estadual

Fuente: Taylor y Bogdan (1987, p. 289).

c) Personas implicadas: aquí es importante tener presente que:

- No siempre sabremos desde el principio el nombre de todas las personas que participan en una determinada situación de campo, por lo que cada vez que se vea a alguien nuevo es necesario realizar una descripción detallada de esa persona, que permita identificarla *a posteriori*, si es relevante.
- Ya hemos reiterado que, sobre todo en investigaciones sobre temas delicados o complejos, pero, en general, en toda investigación social, es importante mantener siempre la confidencialidad de los datos. Por este motivo, es buena idea no poner los nombres reales de las personas en el diario de campo: por mucho cuidado que pongamos en su custodia, evitando que lo vean ojos indiscretos, nunca podemos asegurar que no lo perderemos o alguien lo leerá. Se debe, entonces, registrar los datos con nombres falsos, iniciales, pseudónimos... y la correspondencia con los nombres reales debe registrarse en un documento aparte, bien protegido y siempre separado del diario de campo.

- En la medida de lo posible, se debe intentar registrar el número de personas que están presentes en cada momento (algo más sencillo si son pocas, claro), sus características generales (pseudónimo, edad, sexo...) y relaciones con los demás. Todo ello de la manera más precisa posible.
- Es necesario realizar una descripción detallada de cada una de las personas que están presentes (o de las que seamos capaces de recordar), de la manera más neutra y precisa posible, atendiendo a la edad, el sexo, las características físicas (altura, color de ojos, tipo de peinado, rasgos peculiares...), vestimenta, complementos (gafas, bastón, sombreros, etiquetas identificativas...), actitud, etc.

Ejemplo: diario de campo de Bogdan

En el citado ejemplo de la investigación de Bogdan (1972), se recogen narraciones de este tipo:

«Kelly me saluda con la mano. Sonríe. Viste unos pantalones grises de una tela gruesa que usan todos en esta sala, una camisa blanca de mangas cortas y zapatillas negras de tenis, sin medias. Su pelo tiene el aspecto de haber sido cortado recientemente. En su cabeza resaltan las cicatrices. (CO: El pelo de Kelly, lo mismo que el de los otros residentes, nunca está largo. Aparentemente, entre corte y corte no dejan pasar más que unas pocas semanas. Es presumible que lo hagan para evitar los parásitos, que en esta sala proliferarían rápidamente)» (Taylor y Bogdan, 1987, pp. 290-291).

Ejemplo: diario de campo de García Jorba

Otro ejemplo extraído, esta vez, del diario de campo de García Jorba (2000) sobre su trabajo sobre procesos de conversión religiosa realizado con testigos de Jehová en Barcelona, entre 1988 y 1999. Relata el primer encuentro con Eulàlia, la que después se convertiría en una de sus principales informantes:

«Eulàlia debe tener unos cuarenta o cuarenta y cinco años. Es una persona de musculatura fuerte –aunque no exageradamente– y, sin ser gorda, goza de caderas generosas. Lleva el pelo recogido en una trenza larga y estirada. Su piel es tirando a morena. Tiene los ojos negros y juntos, que resaltan su nariz puntiaguda. Sus manos son pequeñas. Pertenecen a una persona que ha trabajado manualmente o que ha sufrido los rigores del agua y el frío. Sus dedos son cortos, fuertes, y sus uñas, duras, también son cortas. Su dedo índice tiene una coloración entre amarillo y marrón. Igual es exfumadora. Lleva un vestido azul estampado con flores que le llega por debajo de la rodilla y zapatos marrones cerrados por delante, con una tira que permite ver el talón» (García Jorba, 2000, pp. 95-96).

d) Hechos que ocurren, tal y como ocurren, de la manera más descriptiva posible, intentando al máximo evitar las evaluaciones personales o las interpretaciones (o señalándolas, específicamente, como tales). Se debe prestar especial atención a la recogida de las relaciones entre las personas y entre los fenómenos.

Ejemplo: diario de campo de Bogdan

Otro ejemplo extraído del trabajo de Bogdan (1972):

«Cuando llego a la escalera, comienzo a oír voces apagadas provenientes de los pisos altos. El olor que había notado cuando entré en el edificio se hace algo más intenso. (CO: No tanto como otras veces. Quizás esto tenga algo que ver con la refrigeración.) Es un olor raro: tal vez a heces y orina, vapores de comida y desinfectante.

Subo por la escalera, encajonada en una trama de hierro reticulado pintado de amarillo. Las paredes de color verde pastel tienen la pintura manchada y descascarada. Mis pasos resuenan en la escalera. Ahora algunas de las voces se hacen más fuertes, especialmente cuando paso por las puertas que llevan a las salas en los distintos pisos. Varias ventanas

están abiertas sobre la escalera; al pasar provocó que un poco de aire fresco pase a través de ellas.

Cerca del cuarto piso oigo un fuerte grito, que resuena en la escalera» (Taylor y Bogdan, 1987, p. 289).

e) Relatos directos e intervenciones de los sujetos: se debe recoger, de la manera más literal posible y siempre respetando la manera de expresarse de los sujetos, la jerga, los giros, expresiones... y, también, los gestos, la posición corporal... que puedan resultar relevantes para la interpretación de la situación.

Ejemplo: diario de campo de Bogdan

Continuando con el mismo ejemplo (Bogdan, 1972):

«Le pregunté a Bill: "¿Dónde estabas antes de venir aquí?". "Antes estaba en un piso de abajo. Era subencargado. Allí el encargado no se preocupaba por nada. Nunca limpiaba el lugar. Decía que si el lugar estaba sucio no tendría visitantes y supongo que es así. Yo era subencargado, y cada vez que el encargado se iba yo limpiaba todo el lugar. Entonces el supervisor me dijo que quería que me hiciera cargo de esto. Este era el lugar más sucio del mundo. Al encargado de aquí no le preocupaba, Él ponía a sus perros guardianes en la puerta y jugaba a las cartas. Yo limpié también ese lugar. No soporto la inmundicia. Y ahora que estoy aquí no me quieren dar lo que necesito para mantener la limpieza".

Le dije: "Estarás desalentado". Bill respondió: "Por supuesto que estoy desalentado. No nos quieren dar desinfectante ni nada por el estilo. Al Estado no le importa que yo pueda llevar alguna enfermedad a mi casa y contagiar a mis hijos. Bien, a mí sí que me importa. No les voy a contagiar una hepatitis o algo parecido a mis hijos. Voy a mantener limpio este lugar. Simplemente no soporto la inmundicia"» (Taylor y Bogdan, 1987, p. 297).

f) Impresiones o reflexiones personales del investigador sobre lo ocurrido, sobre las emociones que ha suscitado, las dificultades, etc. Es importante, no obstante, tal y como señalaremos de nuevo más abajo, que estas anotaciones se diferencien claramente de las descripciones detalladas y precisas de los sucesos. Este conjunto de anotaciones, además de las anteriores, permiten al investigador mantener un control respecto a su posición en el campo y sus estrategias durante la investigación. Le permite reflexionar sobre su relación con las personas, su influencia en su conducta, sus posibles sesgos derivados de estas relaciones, etc. García Jorba (2000) lo explica así:

«La utilidad interna es el motivo más frecuente por el que se escribe un diario de campo. Desde aquí se postula la idea de proceder a su realización para disponer de un instrumento de control de la investigación, en especial mediante el control de la subjetividad. El trabajo de campo comporta la inmersión en un modo diferente de relacionarse con las personas y el entorno en que se desenvuelven. Mantener la perspectiva y gestionar estrategias adecuadas para alcanzar los objetivos marcados puede ser complejo en esas condiciones. El diario es un recurso estratégico en tales circunstancias. Opera a modo de giroscopio, garantizando la estabilidad de la nave. Sin esa perspectiva de lo que se está haciendo respecto a lo que se quiere conseguir, el seguimiento o la variación estratégica del rumbo establecido se hace inviable» (García Jorba, 2000, p. 25).

«Las lecturas de los fenómenos observados, su selección, adoptan perfiles diferentes según sea el momento emocional de quien registra, interpreta y relaciona la información. Reconocer sesgos emocionales permite reflexionar en torno a los motivos que los suscitan. Descubrir inquietudes o euforias abre el acceso a la identificación de los factores que rigen esos estados emocionales. Esa *etnografía interior* tiene una utilidad que traspasa el autoconocimiento: posibilita comprobar cómo operan los valores en el marco de la actividad analítico-descriptiva, y puede ofrecer las condiciones necesarias para una relectura teórica tanto de la investigación como del conjunto de los materiales obtenidos. Esa vertiente reflexiva se complementa con la dimensión interactiva de las relaciones de campo. El contacto regular con los/as informantes es una variante del contacto entre personas. La avidez de información dista de constituir el único motivo para gestionar esas relaciones. Las situaciones de tensión, ansiedad, tristeza, o euforia, definen los modos de vincularse a los otros, y pueden tener efectos contraproducentes. Su identificación hacia viable su corrección» (García Jorba, 2000, pp. 25-26, las cursivas son suyas).

g) Interpretaciones o anotaciones metodológicas: sobre lo que ha ocurrido, sobre los pasos a seguir en la investigación, sobre las dudas, hipótesis o preguntas de investigación que van surgiendo, etc. Se trata, en este caso, de anotaciones de carácter más teórico pero, igual que las anteriores, deben ir claramente diferenciadas del resto.

«La empleada, que es robusta, lleva un guardapolvo rosa de ayudante de enfermera, tiene zapatos blancos, pelo rubio, usa anteojos y aparenta unos cincuenta años, me ignora cuando entro. (CO: Las mujeres de esta sala no me conocen ni quieren conocerme por alguna razón. Parecen estar contentas de que no vaya a visitar su sala. Me doy cuenta en ese momento de que muchas de las empleadas de la institución visten algún tipo de uniforme –rosa, blanco o azul–, mientras que solo dos de los empleados varones de "mi" sala, entre los 30 asignados a ella a lo largo del día, usan uniformes blancos. Quizás esto tenga que ver con el modo en que perciben sus empleos, o quizás con diferencias de rol entre los sexos. Trataré de interrogar a algunos de los empleados sobre este punto)» (Taylor y Bogdan, 1987, p. 290).

h) Información complementaria relevante: se debe tomar nota no solo de las sesiones prolongadas de observación, sino también de otro tipo de información:

- Reflexiones a raíz de lecturas de bibliografía.
- Contenido de conversaciones telefónicas o electrónicas.
- Encuentros o conversaciones casuales o informales.
- Resúmenes de reuniones de seguimiento de la investigación (en el equipo investigador, si existe; con colegas; con las entidades financiadoras, etc.).
- Noticias.
- Etc.

En cuanto a **cómo recoger toda esta información**, es necesario destacar:

a) Es importante que sea información muy detallada, que preste atención a las circunstancias en las que tienen lugar los sucesos, las consistencias, las variaciones y los posibles hechos con los que se relacionan. El objetivo, podría decirse, sería que si alguien leyera el diario (algo que no debe ocurrir, salvo que sean colegas a los que se pide ayuda) pudiera, solo con la información que se proporciona, hacerse una idea completa de lo que ocurrió y el contexto en el que sucedió.

b) Realizar descripciones lo más concretas posibles, evitando usar términos evaluativos o subjetivos.

Ejemplos

En lugar de anotar: «la sala estaba llena», escribir: «en la sala había unas cincuenta personas».

En lugar de anotar: «J. es alto y guapo», escribir: «J. mide aproximadamente un metro noventa, tiene el pelo castaño oscuro, la piel tostada y los ojos verdes. Hoy viste... (CO: Reconozco que, cuando J. ha entrado, me ha parecido muy guapo y que esto podría suponer una ventaja para conseguir que le disculpen sus errores en el trabajo)».

En lugar de anotar: «L. contestó que no, realmente enfadado», escribir: «L. elevó el tono de voz y contestó: "No", mientras miraba a P. directamente a los ojos y le apuntaba con un dedo».

En lugar de anotar: «P. llegó muy tarde y la orientadora no le atendió», escribir: «P. tenía cita a las 10:00 pero llegó a las 11:30 y la orientadora no le atendió».

c) Diferenciar observaciones concretas del observador (descripción de hechos) de intervenciones de los sujetos. Estas últimas deben recogerse siempre de la manera más literal posible y siempre entre comillas, como se hace con las citas bibliográficas. Si las intervenciones no son literales, debe anotarse claramente que se trata de un resumen o parafraseo del observador.

Ejemplo

Afirmaciones literales: María dijo: «Tengo que ir a renovar la baja... Iré hoy... A ver... el nuevo, mi médico nuevo, es bastante duro. ¡Tendré que pelearme!, ¡Vamos, que parece que me la paga él de su bolsillo!».

Parafraseo: «María dijo que tendría que pelearse con su médico para renovar su baja porque era estricto en este tema. Comentó que ni que se la pagara él».

Ejemplo: diario de campo de García Jorba

Un ejemplo real, del diario de campo de García Jorba (2000):

«Andrea interviene, y comenta que su actual trabajo en una empresa de plásticos le fue proporcionado por un hermano de la congregación en la que está el padre de Paola. Es posible que encuentre algo más acorde a sus intereses, porque al parecer pronto habrá una vacante de administrativo en unas oficinas. La información proviene de Vicente, un testigo de su congregación (mi congregación) que trabaja en una empresa de artes gráficas.

–Mira, yo mismo he ayudado a colocar a algún hermano donde trabajo, en el mercado
–comenta Ricard sonriente.

–¿Y no teméis que pueda haber gente que venga a vosotros por interés, sabiendo que echáis una mano a quien lo necesita?» (García Jorba, 2000, p. 177).

d) Diferenciar claramente las interpretaciones o reflexiones del observador. Para esto, pueden utilizarse diferentes notaciones: los comentarios pueden ir precedidos de las siglas CO («comentario del observador»), de las iniciales del investigador, registrarse en un color diferente, entre paréntesis...

Siguiendo con el ejemplo anterior:

- María dijo que tendría que pelearse con su médico para renovar su baja porque era estricto en este tema. Comentó que ni que se la pagara él.
- (CO: Debo averiguar quién es el médico y si es de la mutua o del centro de salud. También, los criterios que se utilizan en estos casos.)

Otros ejemplos:

- (CO: Quizá es porque estoy cansada, pero hoy me ha costado mucho no mostrar irritación ante los comentarios despectivos de X. sobre M.)
- (CO: Creo recordar que en los materiales de la asignatura de Métodos y técnicas cualitativos de investigación salían ejemplos de notación en el diario de campo. Debo rescatarlos del cajón destartado donde los he tirado y consultarlos.)

Ejemplo: diario de campo de García Jorba

Veamos este ejemplo, extraído del libro de García Jorba, en el que recoge un fragmento de un diario de campo escrito por Torrente (1997) sobre su trabajo de campo con la policía local:

«Ayer me tomé un día de descanso. Hoy, viernes, patrullo en el turno de mañana con una agente alta y de constitución fuerte. Me levanto alrededor de las 5, y a las 6:15 de la mañana estoy ya dispuesto a tomar el servicio. No obstante, como el sargento Villalonga no está, tengo que esperarle en la emisora. Llega a las 10. Cuando me ve, me sugiere visitar el mercado de Maladell y patrullar con una agente que según él “es flexible, pero buena conocedora de su trabajo”. Me parece bien su propuesta; así es que me acompaña él mismo en el coche. Durante el trayecto saco el tema de los coches nuevos, pues quiero contrastar opiniones. Al sargento le parece que son vehículos demasiado grandes para ciudad, caros de mantenimiento y de alto consumo –11 litros por cada 100 kilómetros. A continuación, añade: “Ya puedes imaginar el coste que eso representa al año para una flota de 20”. Pienso que su opinión es la de una persona implicada en la organización, lo que coincide con su aspecto recto y disciplinado» (García Jorba, 2000, p. 36).

e) Es necesario anotar también lo que no se ha entendido bien, expresiones incompletas, nombres que en un primer momento resultan incomprensibles, etc., tratando de detallar al máximo la situación en la que se ha recogido la información.

Ejemplo

Por ejemplo: H., la trabajadora social, ha dicho de O. que es un 2. (CO: No estoy segura, pero me ha parecido entender que se trata de un sistema de clasificación que los educadores utilizan para evaluar la actitud de los jóvenes internos. Debo averiguar si se trata de una clasificación oficial o solo la utilizan aquí, los criterios a los que responde y las implicaciones que tiene.)

En lo que se refiere a la presentación del texto en el diario de campo, es necesario:

- Construir párrafos pequeños, con homogeneidad temática, utilizando el punto y aparte como manera de separar temas y subtemas.
- Dejar espacio entre los párrafos, para anotaciones, para completar lo escrito y para facilitar la identificación de los temas para su codificación.
- Dejar márgenes amplios, que permitan hacer anotaciones y, más aún, comenzar la codificación posterior de los datos.

Es necesario, también, tomar una serie de precauciones, algunas ya apuntadas en los párrafos anteriores:

- No registrar literalmente el nombre de las personas ni los lugares concretos, para garantizar la confidencialidad de los datos.

- Guardar bien los diarios de campo para evitar que tengan acceso a ellos personas ajenas a la investigación.
- Guardarlos bien, también, para evitar perderlos. En este sentido, suele ser muy aconsejable hacer fotocopias o copias de seguridad.
- Mantenerlos en un ambiente adecuado para evitar que se deterioren, protegidos del calor y el frío excesivos, la humedad...

Todo esto, como se puede intuir fácilmente, es más sencillo de decir (de escribir, en nuestro caso) que de hacer. Llevar el diario de campo de una investigación es una tarea laboriosa, lenta y a menudo pesada, por lo que conviene mostrar ahora una serie de reglas o trucos que pueden ayudar al observador a aliviar el trabajo y a no olvidar información y registrarla de manera confiable:

- En primer lugar, solo cabe recomendar disciplina, esfuerzo y trabajo. Las anotaciones en el diario deben hacerse lo más inmediatamente posible tras las observaciones de campo para evitar que se olviden datos y que la memoria, al reconstruirlos, los falsee involuntariamente. En caso de que esto no sea posible, cuando se haga, se debe consignar claramente en el diario de campo que la redacción se ha hecho *a posteriori*. Además, es necesario sentarse a escribir asumiendo que llevará tiempo y esfuerzo. Aunque el estilo de cada investigador y también las características de lo que se anota hacen que la cifra pueda ser variable, la mayoría de los autores están de acuerdo que a una hora de observación participante pueden llegar a corresponderle entre cuatro y seis horas de escritura (Taylor y Bogdan, 1987). Intentar resumir lo ocurrido para acabar antes solo sirve para empeorar la calidad del diario y poner en riesgo la confiabilidad de los datos.
- Tratar de hacer un ejercicio memorístico ordenado, que permita ir recordando los hechos en la secuencia en la que ocurrieron. Describirlo, además, de esta forma. Dicho de manera coloquial: se trata de pensar en qué ocurrió primero y, en ese momento, centrarse en ese hecho u observación y tratar de recordar y describir todos los detalles posibles. Solo cuando esto se haya logrado, pasar a qué ocurrió después. Esta pauta lleva a menudo a una conclusión sorprendente: sesiones de observación en las que ha dado la impresión de que no ha pasado gran cosa acaban convirtiéndose en mucho más ricas cuando se hace un ejercicio memorístico detallado y analítico.
- Suele ser útil cerrar los ojos y tratar de visualizar el escenario, las personas que estaban presentes, las cosas que dijeron o que ocurrieron. El entrenamiento y la experiencia del observador suelen facilitar la tarea.
- No descartar nada por poco importante: lo que en un momento determinado parece poco relevante, desde el punto de vista de la investigación, puede llegar a serlo, y mucho, más adelante. Es muy habitual, cuando el

investigador cree haber descubierto datos importantes, volver a releer el diario al recordar cómo ese mismo dato había surgido antes. Suele decirse que lo que no está escrito, no sucedió (Taylor y Bogdan, 1987, p. 75), de ahí la importancia de que el registro sea completo y sistemático.

- En el campo, es buena idea intentar retener nombres de personas, conceptos clave, palabras o preguntas que, después, se asociarán a la situación y ayudarán a recordarla con mayor precisión.
- En escenarios muy complejos, en los que suceden muchas cosas o hay muchas personas con conductas diferentes, suele ser útil ir de menos a más, es decir, centrar el recuerdo en un suceso, un detalle o una persona y, a partir de ahí, y paulatinamente ir ampliando el foco para reconstruir el escenario completo.
- Solo si es imprescindible, y siempre en un momento en privado (no a la vista de los sujetos), se puede anotar en un papel, una libreta pequeña o el teléfono móvil (cualquier instrumento que pase desapercibido, en realidad) un nombre, un número, un dato muy concreto. Es siempre aconsejable hacerlo en privado para evitar que las personas observadas se sientan incómodas o intimidadas. Y, en este sentido, es siempre fundamental asegurarse de que sea así: ser descubierto anotando algo a hurtadillas suele tener consecuencias peores que reconocer explícitamente que no seremos capaces de recordar un nombre o un dato y necesitamos anotarlo.
- Se recomienda abandonar el escenario de observación o, si no es posible o adecuado en ese momento, dejar de prestar atención, en el momento en que se llegue a la conclusión de que la capacidad de atención ya está saturada o que no se podrá recordar ya nada más.
- No obstante las exigencias de detalle, es evidente que a medida que se avanza en el trabajo de campo, ciertas descripciones (como los escenarios más comunes, las personas habituales, etc.) son más breves y sencillas que al principio.

De lo que se trata, en definitiva, es, como decíamos antes, que el diario se convierta en un reflejo fiel de la situación vivida en el campo. No se trata, sin embargo, de una simple descripción, al estilo de un diario personal o de viaje, sino que constituye un instrumento de primer orden para la investigación. García Jorba (2000) lo explica de la siguiente manera:

«Escribir un diario forma parte de una actividad mayor, que lo engloba y le confiere sentido. El sociólogo/a y el antropólogo/a también escriben el diario como parte de algo más. En este caso, como estrategia en el proceso de adquisición de conocimiento acerca de una cultura (objetivo descriptivo), y/o en la búsqueda de una explicación a un problema formulado teóricamente con anterioridad (objetivo explicativo). La diferencia entre los contenidos de los relatos de viaje y los diarios de campo de sociólogos/as y antropólogos/as suele residir en el objetivo específico que los anima, en el tipo de información recogida, y en el carácter sistemático y la profundidad teórica con que se toman y vinculan sus observaciones» (García Jorba, 2000, pp. 12-13, las cursivas son suyas).

En cuanto al estilo de redacción, cada investigador tiene el suyo, aunque lo recomendable es que sea sencillo, correcto, detallado. Por ejemplo:

«Al entrar en una calle vimos una moto grande que iba circulando muy despacio. Al cabo le sorprendió que una moto de esa cilindrada llevase esa velocidad; por eso le ordenó al agente: “¡Para; aquí hay algo raro! Esa moto va demasiado despacio”. El cabo hizo parar al motorista y le pidió la documentación. El joven le explicó que venía de hacer deporte con sus amigos –los señaló, pues estaban cerca– y que estos le habían tenido que ayudar a arrancar la moto; y que esa era la causa de que fuese tan despacio. Al mirar al grupo, que estaba en la acera, vimos que en el suelo tenían sus bolsas de deporte. Le devolvió la documentación y seguimos. Entonces el cabo comentó: “Esta es una de esas veces en que ves que algo no encaja. Algo es anormal: una moto grande circulando con una velocidad insólita. Es como cuando ves que ponen los brazos para indicar los giros a derecha o izquierda, o como cuando se comportan demasiado bien”. Dijo que es precisamente ese comportamiento anormal lo que dispara las sospechas en el guardia y le hace actuar. Le pregunté si los chorizos y los quinquis consiguen controlar su comportamiento para evitar sospechas, y él contestó: “No, ni siquiera lo consiguen los más experimentados. Cuando alguien tiene algo que esconder se mueve con nerviosismo o de un modo extraño. Su propio comportamiento te dice que algo no anda bien”. Por eso una de las técnicas policiales básicas es conversar con el sospechoso de cualquier tema» (Guasch, 2002, pp. 53-54, las cursivas son suyas) [De Diego Torrente, tesis. Tomado en Guasch, 2002. Tesis sobre trabajo de la policía en una ciudad del área metropolitana de Barcelona.]

«Acudimos a un *parking* a requerimiento del vigilante. Uno de sus perros había detectado a un individuo. Cuando llegamos acababa de llegar otra patrulla. No obstante, bajamos con las luces del puente encendidas. El individuo estaba sentado en el coche –uno de esos adornados con alerones y llantas anchas–, y a su lado tenía una navaja. El cabo se acercó y le preguntó si tenía algún problema y si se había dado un *pico*. Contestó que lo que se inyectaba era insulina, aunque no supo precisar para qué la necesitaba. Tal vez el nerviosismo le hizo hablar. Dijo que era un pescadero, que ni causaba problemas ni los quería, y que estaba allí porque aquella noche tras discutir con su mujer había decidido coger el coche y tirarse a la calle. La lluvia le había hecho bajar al *parking* y permanecer allí. Entonces le pidió el cabo para qué tenía la navaja. Él le contestó que era un recuerdo de familia y que la llevaba siempre encima por si tenía que cortar alguna cosa. Convinieron en hacer un acta de aprehensión alegando no estar en condiciones de llevar un arma y le quitaron la navaja. Le comunicaron que si quería podía pasar a recogerla por la comisaría al día siguiente. El cabo pensó que en ese estado podía dañar a cualquiera, a su mujer o a él mismo. La cosa acabó así: le tomaron los datos y punto. “No se podía hacer nada más”, dijo el cabo. Se le veía algo *colgado*. El guardia nos confirmó que se trataba de un *yonki* de su barrio. Además, aseguraba el agente que su tez blanca y aspecto escuálido lo delataban, “lo único es que este tiene dinerillo y está algo más cuidado. Se lo puede pagar”» (Guasch, 2002, p. 54, las cursivas son suyas) [De Diego Torrente, tesis. Tomado en Guasch, 2002. Tesis sobre trabajo de la policía en una ciudad del área metropolitana de Barcelona.]

En cuanto al soporte, tampoco es baladí. Desde la antropología, sigue recomendándose utilizar libretas de hoja blanca, en las que las páginas no puedan arrancarse ni añadirse para evitar la tentación de hacer modificaciones en lo anotado *a posteriori* y, también, para evitar que las hojas se pierdan. La libreta deberá ser, además, no muy grande, ligera y sólida y, en el caso (habitual) de necesitar más de una, habrá que numerarlas. En la actualidad, sin embargo, muchos investigadores han dejado a un lado las clásicas libretas de campo en favor del ordenador, decisión que tiene ventajas e inconvenientes: entre las ventajas, la posibilidad de imprimir los diarios en diferentes formatos y utilizar los procesadores de texto para la fase de análisis, de hacer anotaciones en

diferentes soportes electrónicos que luego pueden unirse (ordenador, tableta, teléfono...), hacer copias de seguridad, etc.; entre los inconvenientes: los riesgos de manipulación y de pérdida, la dificultad para incluir dibujos, fotografías, etc.

Finalmente, es muy importante señalar, como suelen decir los antropólogos, que el diario de campo no es una mera recolección de datos asépticos, sino un instrumento vivo. Es un documento valioso sobre el que el investigador volverá una y otra vez, durante la observación, en todo el proceso de análisis de datos e incluso años después de terminada la investigación. En palabras de García Jorba (2000):

«Un *diario de campo* es una herramienta de investigación. Mediante ella, el investigador/a puede tener acceso al control de la actividad inquisitiva. Su recurso permite controlar el *tempo* de la investigación, la subjetividad del propio investigador/a en el transcurso de las pesquisas, e incluso el proceso mismo de búsqueda y hallazgo de resultados –su lógica interna. Un *diario de campo* también es un documento. Representa el testimonio de cómo se investiga, de qué manera se hace, y cuáles son los modos mediante los que se afrontan los problemas y vicisitudes que se presentan a lo largo del proceso de construcción de conocimiento. Un diario de campo es, además, un tipo particular de texto (Geertz, 1989; Pratt, 1991; Sanjek, 1990). Puede publicarse o mantenerse inédito, pero constituye un producto escrito. Es un escrito ambiguo en su constitución. A diferencia de una monografía, o de una novela, el autor/a desconoce cuál será la trama argumental, y aun son mayores sus incógnitas respecto al desenlace. El diario de campo se construye día a día. Al final, el resultado es un conjunto articulado de entradas que evidencian ires y venires, intuiciones y contradicciones, entusiasmos y desánimos. Es un producto concluido, pero cuya forma final no obedece a un diseño preestablecido. Elaborar diarios de campo es activar un método eficaz para controlar las relaciones que se establecen entre quien investiga, aquellas personas y/o fenómenos que son investigados, y la investigación misma» (García Jorba, 2000, p. 11, las cursivas son suyas).

2) Notas de campo

Suele diferenciarse el diario de campo (documento detallado y completo) de las notas de campo, que se entienden como anotaciones breves, tomadas de la manera más inmediata posible, pero con una redacción concisa y rápida.

Estas notas están destinadas a anotar acontecimientos, fechas, nombres, ideas, etc. que el investigador considera importantes y tiene miedo de olvidar, a la espera de disponer del tiempo necesario para hacer una anotación detallada en el diario de campo.

Respecto a las notas de campo, es importante:

- Conservarlas e incorporarlas al conjunto del material de la investigación.
- Fecharlas y vincularlas de manera clara a días concretos de observación y a momentos concretos.
- Tomarlas solo cuando la situación lo permite y, preferentemente, en privado para evitar que esta acción altere el comportamiento de las personas al hacerlos sentirse observados.

Como decíamos, es muy preferible que estas anotaciones se hagan en privado. El investigador, por ejemplo, puede retirarse a un lugar donde pueda estar seguro de que no le verán (como el baño, por ejemplo) y hacer estas anotaciones en un papel (o similar, como una servilleta, un billete de metro...) que lleve en el bolsillo, una libreta pequeña que tenga en la mochila o, mejor aún, en el teléfono móvil.

Si nos descubren, sinceridad. «Disculpa, necesitaba anotarlo y no quería que te sintieras incómodo».

A veces, si no es posible o adecuado retirarse del campo para anotar, será necesario renunciar a hacerlo. Aunque, en algunas situaciones, si la importancia del dato lo justifica, se pueden emplear otras estrategias, por ejemplo, «pues esto que me has dicho es muy importante para mí, lo voy a anotar», «anotaré ese nombre para no olvidarlo», etc.

3) Grabaciones en audio o vídeo, fotografías, etc.

Existen, entre los diferentes autores, posturas no coincidentes sobre la posibilidad de escribir notas de campo, tomar fotografías o vídeos durante el curso de las sesiones de observación participante. Para algunos, son instrumentos valiosos que añadirán calidad y detalle a la observación y que pueden utilizarse, además, incluso como productos finales de la investigación (en forma de documental, exposición fotográfica, etc.); otros, aun reconociendo su valor, destacan que distraen la atención del observador, convierten en artificial la situación y distorsionan las relaciones.

Lo que sí conviene destacar es que:

- No debe plantearse utilizar estos soportes hasta que las relaciones de campo sean lo suficientemente sólidas y, también, hasta que los conocimientos adquiridos permitan hacer una buena selección de lo que se registrará.
- Se debe contar siempre con el permiso explícito de las personas implicadas, que, además, deben haber sido avisadas con anterioridad.
- Debe hacerse siempre de manera visible, explícita, para evitar susceptibilidades.
- Debe hacerse de manera que distorsione en la menor medida posible el curso natural de los acontecimientos y las conductas de las personas.
- Es importante, después, en el proceso de publicar los resultados, gestionar adecuadamente el uso de este material audiovisual para preservar la confidencialidad de todos los implicados.

Bibliografía

- Boas, F. (1964). *Cuestiones fundamentales de Antropología Cultural*. Buenos Aires: Solar-Hachette.
- Bogdan, R. (1972). *Participant observation in organization settings*. Siracusa, Nueva York: Syracuse University Division of Special Education and Rehabilitation.
- García Jorba, J. M. (2000). *Diarios de campo*. Madrid: CIS (Cuadernos Metodológicos, 31).
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- Goffman, E. (1981a). *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1981b). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Guasch, O. (2002). *Observación participante*. Madrid: CIS (Colección Cuadernos Metodológicos, 20).
- Jociles, M. I. (1999). Las técnicas de investigación en antropología. Mirada antropológica y proceso etnográfico. *Gazeta de Antropología*, 15, 1-26.
- Jorgensen, D. (1989). *Participant observation: a methodology for human studies*. Londres: Sage (Applied Social Research Methods Series, 15).
- Julien, F. (1988). El mayor rodeo: la sinología como disciplina occidental. En Todorov, T. et al., *Cruce de culturas y mestizaje cultural* (p. 118). Madrid-Gijón: Júcar.
- Junker, B. H. (1960). *Field work. An introduction to the social sciences*. Chicago: The University of Chicago Press. (Edición en castellano: Junker, B. H. (1972). *Introducción a las ciencias sociales. El trabajo de campo*. Buenos Aires: Marymar).
- Lewis, O. (1973 [1961]). *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*. México: Joaquín Mortiz.
- Lewis, O. (1985 [1959]). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Malinowski, B. (2001 [1922]). *Los argonautas del Pacífico occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea melanesia*. Barcelona: Península. (Original en inglés: Malinowski, B. (1922). *Argonauts of Western Pacific*. Londres: Routledge and Kegan Paul. Hay diversas ediciones en castellano con el título: *Los argonautas del Pacífico Occidental*).
- Mallart, Ll. (1992). *Sóc fill dels evuzok*. Barcelona: La Campana.
- Mead, M. (1975). *Cartas de una antropóloga*. Barcelona: Bruguera.
- Nadel, F. (1974 [1951]). *Fundamentos de antropología social*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Patton, M. Q. (2002). *Qualitative research and evaluation methods*. Thousand Oaks, California: Sage.
- Prat, J. (1997). *El estigma del extraño: un ensayo antropológico sobre sectas religiosas*. Barcelona: Ariel.
- Pratt, M. L. (1991). Trabajo de campo en lugares comunes. En Clifford, J. y Marcus, G. E. (Eds.), *Retóricas de la Antropología* (pp. 61-90). Gijón: Júcar.
- Pujadas, J. J. (2004). *Etnografía*. Barcelona: UOC.
- Sanjek, R. (Ed.). (1990). *Fieldnotes: the making of Anthropology*. Ithaca: Cornell University Press.
- San Román, T. (2009). Sobre la investigación etnográfica. *Revista de Antropología Social*, 18, 235-260.
- Spradley, J. P. (1980). *Participant observation*. Nueva York: Holt, Rinehart & Winston.

Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós. (El original, en inglés, es del año 1975 y los autores figuran con orden inverso: Bogdan, R. y Taylor, S. J. (1975). *Introduction to qualitative research methods: a phenomenological approach to the social sciences*. Nueva York: John Wiley).

Valles, M. S. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

Valles, M. S. (2002). *Entrevistas cualitativas*. Madrid: CIS (Colección Cuadernos Metodológicos, 32).

Verd, J. M. y Lozares, C. (2016). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Síntesis.

Whyte, W. F. (2015 [1943]). *La sociedad de la esquina*. Madrid: CIS. (Título original: Whyte, W. F. (1943). *Street corner society*. Chicago: Chicago University Press).

Wilcox, K. (1993 [1982]). La etnografía como una metodología y su aplicación al estudio de la escuela: una revisión. En Velasco, H. et al. *Lecturas de antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar* (pp. 95-126). Madrid: Trotta.